

EL SOL
ESTALLA
MAÑANA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
P. DANGER

El Sol estalla mañana

P. Danger

Luchadores del Espacio/231

Depósito Legal. V. 392.-1963.

Núm. Registro: V. 6996-62.
PRINTED IN SPAIN
EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA

PRÓLOGO

Era un día aburrido en la base orbital «Mercurio-S». Entre el tórrido planeta y el no menos tórrido Sol, con una temperatura exterior de trescientos veintiocho grados centígrados, con termo-reguladores, y una interior de veintiocho, con los refrigeradores puestos a toda potencia, la vida transcurría sin el menor aliciente, sin la menor emoción. Estudio del Sol, sus protuberancias y sus manchas, rotación de los astros y efectos de las perturbaciones solares en ellos, estudio del planeta Mercurio, al que ni siquiera podía soñarse en poner el pie en su superficie de metales fundidos... Una vida realmente de perros.

Esto era lo que estaba pensando precisamente en aquellos momentos Lou Stafford, mientras se tendía con un suspiro en el relajador vibratorio, contemplando con aire semiausente la pantalla del «stereo» situada en el techo. Siete hombres, aislados en aquel cascarón de acero térmico forrado enteramente de materiales refractarios, soportando los crudísimos rayos del Sol, sin compañía, sin distracciones, sin nada más que sus observaciones rutinarias y un tedio atroz adueñándose de todo a su alrededor.

Por fortuna, aquello ya se estaba terminando para él. Faltaban solamente quince días para que su tiempo de servicio venciera y la nave venusina viniera a recogerle para llevarle de nuevo a la Tierra: diversiones, paisajes verdes y maravillosos, un aire maravillosamente azul, libertad, naturaleza... y un Sol pequeño en la distancia, un Sol cuyos rayos apenas llegaban a calentar, filtrado de todas sus radiaciones nocivas por aquel hado bienhechor que se llamaba atmósfera.

Faltaban sólo quince días. Quince días, y podría volver a ver a sus compañeros de la Tierra, a sus compañeros de oficialidad. Su

aprendizaje espacial habría terminado; recibiría el título oficial de Espaciano, y sería libre. Libre de nuevo. Podría ir a ver a Sonia, mostrarle el título y decirle que ya todo había terminado, que ya podían casarse e ir a realizar su luna de miel a Venus, como soñaban. Luego, la ceremonia...

—¡Lou, atención! ¡Preséntate inmediatamente en la cúpula de observación tres! ¡Es urgente!

El grito del megáfono coincidió justamente con el mismo momento en que Lou pensaba en lo que vendría después de la ceremonia, y la bailarina de Can-Can del «stereo» levantaba una pierna en el aire y empezaba a trazar pequeños círculos con la punta del pie. Dejó escapar un par de palabras por lo bajo, que afortunadamente nadie oyó, cerró el contacto del vibrador y del «stereo», y se levantó.

—¿Qué diablos te habrá picado, Ran?—gruñó, aunque sabía que el otro no podía oírle.

Se metió en el tubo de comunicación de niveles, y ascendió hasta el nivel tres. Penetró en el observatorio con aire de mal humor.

—¿Qué demonios sucede, Ran? ¿Acaso no puedes dejarme tranquilo ni siquiera en mis períodos de descanso?

El rostro del otro le hizo comprender, casi instantáneamente, que la cosa no era para tomarla a broma; algo muy importante debía suceder. Inquirió sin ningún otro preámbulo:

—¿Qué es?

Ran señaló hacia la «ratonera».

—Obsérvalo tú mismo, por favor; tú eres especialista en esto. Estoy temiendo que empiece a sufrir alucinaciones.

Lou tomó las gafas de filtro del departamento correspondiente y se las ajustó sin decir palabra. Se tendió en el suelo, y se metió en la «ratonera».

La «ratonera» era una especie de garita construida con materiales enteramente transparentes, que comunicaba directamente con el exterior. Permitía únicamente la cabida de un hombre, y era el puesto de observación más directo de la base. Había una en cada observatorio, orientadas a los seis puntos opuestos de las líneas dimensionales.

Lou no perdió su tiempo. Apenas estuvo dentro dirigió su mirada al frente, hacia el Sol, que presentaba, desde aquel observatorio, un tamaño descomunal, en la forma de un disco jamás imaginado por la calenturienta mente de ningún escritor cuyos viajes de documentación no hubieran pasado nunca del límite de Venus.

Lou apenas necesitó echar una ojeada para comprender lo que había alarmado a Ran. Pero sí necesitó observar atentamente durante unos prolongados minutos la superficie solar para convencerse de que él tampoco sufría alucinaciones. Cuando salió de la «ratonera», su rostro

estaba tan cecijunto como el de su compañero.
—¿Qué, Lou?
No contestó. Se quitó en un gesto maquinal las gafas de filtro, y se dirigió al megáfono. Lo conectó con el sistema general de altoparlantes.
—¡Atención, todos! ¡Aquí Lou Stafford! ¡Abandonen inmediatamente todo lo que estén haciendo y diríjanse hacia el puesto de observación tres! ¡Situación de emergencia!
Pocos segundos después se encontraban los siete hombres de la base reunidos en el puesto de observación. Lou dijo solamente unas breves palabras:
—Quiero un examen y un análisis completo del Sol. Bajo todos los aspectos y en todas las condiciones.
Cuatro horas después, Lou tenía ante sí los resultados de los análisis que para él habían hecho los otros seis hombres de la dotación, junto con los suyos propios. Aquellos análisis habían indicado a todos lo que sucedía, y seis pares de ojos atentos escrutaban fijamente el rostro de Lou.
Durante un par de horas, éste leyó atentamente todos los informes, y empezó a hacer mediciones y cálculos sobre los mismos, auxiliándose de un cerebro electrónico y una regla universal. Cuando terminó, ante él tenía un único resultado concreto. Depositó sobre la mesa los papeles y la regla universal, desconectó el cerebro y alzó la vista. Seis atentos pares de ojos le interrogaron.
—¿Qué es, Lou?
Suspiró, casi inaudiblemente.
—El Sol ha entrado en un período de intensa actividad—dijo—. Hace apenas unas horas su apariencia era normal. Ahora, las manchas de su superficie se han reducido, la corona ha aumentado de brillo, su diámetro es sensiblemente mayor, y sus protuberancias son mucho más frecuentes e intensas. El Sol ha iniciado repentinamente un período de profunda metamorfosis. De una metamorfosis completa.
—¿Y cuáles serán los resultados de esta metamorfosis?
Lou se reclinó en el sillón, y sus ojos se posaron, uno por uno, en los seis hombres.
—Si mis cálculos y deducciones son ciertas —dijo—, y los fenómenos que acaban de iniciarse siguen al mismo ritmo, dentro de un mes como máximo, nuestro Sol estallará. Se habrá convertido en nova.

CAPÍTULO PRIMERO
Misión a Mercurio

Lou penetró en el gran Edificio Espacial sin poder ocultar cierta aprensión. Después de lanzar desde la base su criptograma fotónico[1],

indicando sus observaciones y los resultados de las mismas, una nave había acudido a «Mercurio-S» antes de que transcurrieran cuatro días, con la orden de que se trasladase inmediatamente en ella a la Tierra, al Edificio Espacial de Londres, a fin de presentarse a la máxima urgencia al comodoro Corning.

Interiormente, el Edificio del Espacio era un inmenso laberinto de pasillos, corredores, antesalas y despachos, en el que una persona que no conociera sus interioridades podía volverse loco antes de encontrar su destino. Un «boy» le salió al paso a la entrada, y después de enterarse de a quién buscaba lo condujo rápidamente al despacho correspondiente.

Y así fue como Lou Stafford conoció por primera vez al comodoro Corning y a R-Ellig, y su futuro destino.

El despacho de Corning era una habitación situada en el piso ochenta y siete, pequeña y repleta de papeles y mapas murales. A un lado, un dictáfono automático y una grabadora de fotosonido, una traductora universal y un descifrador de criptogramas. Una inmensa mesa de despacho, que ocupaba casi todo el espacio útil, repleta de videófonos y comunicadores magnéticos de larga distancia, y ante él una voluminosa carpeta repleta de papeles, documentos y estereofotos.

Corning era un hombre grueso, de blanco cabello, cuyos ojos quedaban ocultos tras unas gruesas lentes-audífono. Frente a él, al otro lado de la mesa, R-Ellig destacaba, en contraposición, por su figura fina, atlética, de amplios hombros y complexión robusta. Era moreno, de intensa piel cobriza, y su rostro era de líneas regulares, sin ningún rasgo que sobresaliese demasiado sobre el conjunto de los otros. Sus ojos, negros y brillantes, eran lo único que destacaba claramente del resto de su figura, dándole un aire que parecía de hipnotizador. Iba vestido con uniforme militar y en sus bocamangas lucía las insignias de capitán.

Al ver penetrar a Lou se apresuró a ponerse en pie. Después de intercambiar los rigurosos saludos militares, avanzó unos pasos y le tendió una mano.

—Bienvenido, alférez Stafford.

Lou estrechó la mano que se le tendía, y fue a sentarse en el sillón que le indicó el comodoro.

Durante unos instantes los tres hombres permanecieron en silencio, como estudiándose. Luego, Corning fue quien inició la conversación.

—Recibimos su informe criptografiado —dijo—, y sus observaciones han coincidido completamente con las de los astrónomos de aquí, además de facilitar otros muchos datos complementarios que nosotros no podíamos determinar desde nuestras otras bases. Ha sido un magnífico servicio.

Lou asintió con la cabeza.

—¿Para qué me ha llamado?—inquirió.
Corning se puso en pie.
—Como usted sabe, Stafford—dijo—, la base orbital «Mercurio-S» es una base de prácticas que rinde servicio como lugar de entrenamiento para futuros oficiales y especialistas Espacíanos. Nunca se ha pretendido, hasta ahora, convertirla en una base científica de estudio, ya que nuestras bases orbitales de Venus, de idéntica finalidad y mucho menos coste y mantenimiento, realizan aproximadamente la misma misión.
Se detuvo ante uno de los mapas murales, que representaba el sistema solar, y posó su vista en el astro central.
—Pero ahora —prosiguió— acaba de surgir una eventualidad que es preciso tener muy en cuenta. Las perturbaciones solares son algo que no podemos estudiar como quisiéramos ni desde aquí ni desde Venus; necesitamos una avanzadilla más cercana, más directa. Mercurio es el lugar ideal.
—¿Y bien?
El comodoro se volvió.
—Usted ha sido una de las primeras personas en darse cuenta de lo que sucedía en el Sol, y por eso comprenderá lo que le voy a decir. Es ésta una situación crítica. Durante mucho tiempo, en nuestro estudio del espacio, hemos visto infinidad de estrellas que se convertían en nova. Pero nunca pensamos que esto podía suceder también a nuestro propio sol. Ahora nos encontramos en este caso. ¿Qué es lo que debemos hacer?
»Hasta este momento hemos mantenido lo que está ocurriendo dentro del máximo secreto, bloqueando todas las fuentes de información científica y enmascarando estos fenómenos como perturbaciones sin importancia. Pero esto no varía el estado de las cosas. En su informe, usted daba al Sol un mes de vida. Desgraciadamente, nuestros propios cálculos son aún más rigurosos que los suyos. Es preciso por lo tanto hacer algo pronto.
—¿Y bien?—repitió Lou.
—De los oficiales que hasta ahora han pasado por la base «Mercurio-S», usted es el más especializado en asuntos referentes al Sol, aparte que es el último que ha estado allí y se encuentra más entrenado para volver al mismo sitio. Puede sernos de una gran utilidad.
—Gran utilidad, ¿para qué?
Corning volvió a sentarse tras la mesa y se puso a juguetear con su lápiz-grabador.
—El hombre no se da nunca por vencido —dijo—, aunque sepa que las posibilidades están uno contra mil en contra suya. Nos encontramos ahora ante un fenómeno cósmico, pero ¿quién nos dice que no lo podremos dominar? Es por eso que la junta de Gobiernos

de la Tierra ha decidido mandar un cohete de investigación, debidamente equipado, a la base de Mercurio, a fin de realizar investigaciones prácticas y directas sobre dichos fenómenos, determinar hasta el máximo su magnitud e intentar hallarles alguna solución. Usted puede ser de gran utilidad en esta expedición.
—Mi período de servicio destacado termina dentro de ocho días —dijo Lou.
—Cierto; pero nos hallamos en una situación de emergencia.
Lou se reclinó en el sillón. Desde que penetrara en aquel despacho, desde que enviara el criptograma incluso, sabía que aquello iba a suceder. Pensó en los planes que había hecho, en la temporada en la Tierra, en Sonia...
—Es el destino de toda la Tierra el que está en juego —dijo el comodoro.
Lou suspiró.
—¿Cuál es entonces mi posición?
—Puede aceptar como miembro voluntario; por su situación y sus aptitudes, será ascendido a teniente y se le concederá el segundo puesto de mando. Si no acepta, será requerido para prestar servicios obligatorios en ella, amparándonos en el apartado 14-E del epígrafe 28 de la Ley de Emergencias y Estados de Excepción. Puede elegir.
—Veo que no me queda más remedio que aceptar voluntario la misión. Está bien; acepto.
El comodoro sonrió, no sin cierta ironía.
—Lo suponía —dijo.
—¿Puedo saber quién será el comandante de la expedición?
Corning señaló hacia el otro ocupante de la habitación.
—Por supuesto, teniente Stafford. Lo tiene a su lado. El capitán R-Ellig, del Departamento Especial I. G.
Lou volvió la vista y miró por primera vez fijamente al otro hombre. Oyó las palabras del comodoro refiriéndose al Departamento Especial I. G., y entonces comprendió por primera vez qué era lo que, desde que entrara, había notado de raro en él, principalmente en su mirada. En una reacción instintiva se echó hacia atrás en su asiento, al tiempo que su rostro expresaba estupor.
—¿I. G. ?—murmuró.
—Exacto, teniente Stafford —habló el otro—. En realidad, mi nombre verdadero es: R. E., once, I. G. Aunque todos me conocen por R-Ellig —sus ojos se posaron en Lou, y una suave sonrisa distendió sus labios—. Y efectivamente —añadió—, lo que usted piensa es enteramente cierto. Soy un robot.

* * *

Cuando Stafford penetró en su apartamento, todavía no había

acabado de reponerse de la sorpresa. Comandante de la expedición, un robot. Una máquina.
Hacía tiempo que había oído hablar de los I. G., los robots de Investigaciones Generales. Habían obtenido un éxito fulminante desde su aparición, de tal modo que el ejército mismo se había apresurado a crear un departamento expreso para ellos. Eran endiabladamente inteligentes y no había cosa en el mundo que no supieran. Sus cincuenta y cuatro millones de circuitos independientes selectivos y memorísticos les permitían almacenar más conocimientos que la propia biblioteca de archivos mundiales.
Y generalmente su cerebro estaba diseñado de modo que, aparte unos sólidos conocimientos generales, solamente se dedicaban a una rama o una especialidad: electrónica, física, astronáutica, microbiología... Sin embargo, cualquiera de ellos, con solo estos conocimientos generales, podía considerarse tan inteligente como un batallón de los más eminentes sabios y científicos del mundo. Eran realmente una fuente perfecta de conocimientos, y sabían demostrarlo cuando llegaba el momento.
Pero todo esto no era óbice para eliminar lo que sentía. Él, al igual que muchas otras personas en el mundo, sentía animadversión hacia los robots, hacia aquellas máquinas inteligentes que parecían un ser humano y que muchas veces incluso los superaban a ellos. Eran dóciles, obedientes, y tenían un respeto ilimitado hacia los hombres, sus creadores. Pero eran máquinas. Y a Lou no le hacía la menor gracia el saber que iba a estar precisamente a sus órdenes, a las órdenes de un robot.
Se sirvió un buen vaso de estimulante, y se dejó caer pesadamente en un sillón. La clasificación técnica de los I. G., dentro del mundo de los robots, era escueta: homúnculos autopensantes, de capacidad limitada a 54.000.000, provistos de células autónomas de acción y reacción, con sistema automático de decisión propia, tres cerebros independientes distribuidos en la cabeza y pecho, y una rapidez de pensamiento y acción del orden de 1/1.000.000 de segundo. Lo cual era lo mismo que decir que tenían todos los atributos de un ser humano, con una fantástica superioridad que les daba el ser unas máquinas perfectas en todo orden. Y sólo una limitación: la imposibilidad de hacer ninguna clase de daño a ningún humano.
Bebió un largo trago de estimulante, y contempló a través de la fachada monotransparente el panorama de la ciudad. Había aceptado el volver a Mercurio, y si no lo hubiera aceptado también hubiera tenido que ir allá. Pero la idea de tener que subordinarse a una máquina, convivir incluso con ella...
El zumbador de la puerta lo interrumpió en aquel punto de sus pensamientos. Apretó el botón de telecontrol, y la hoja magnética se

corrió a un lado, dejando el paso libre. Lou vio un revuelo de cabellos amarillo oro, y antes de que llegara a darse cuenta de nada más se encontró abrazando a una mujer.
—¡Lou, cariño! ¡Estaba esperando que me llamaras apenas hubieras llegado! ¿Por qué no lo hiciste?
Lou separó a la mujer de sí y la contempló unos breves instantes sin decir nada. Al cabo, murmuró:
—Hola, Sonia. ¿Cómo supiste que había llegado a la Tierra?
Ella no contestó inmediatamente. El tono de las palabras del hombre la avisó que algo sucedía, algo que no le gustaba precisamente a Lou. Se apartó de él unos pasos y examinó su rostro.
—¿Qué sucede, Lou? ¿Acaso estás preocupado por este asunto de las perturbaciones?
Lou contemplaba fijamente a la muchacha, sin hablar. Sonia era una mujer esbelta, de líneas altivas y bien distribuidas en su anatomía. Su cabello rubio estaba peinado hacia atrás y hacia los lados en cascada libre, a la moda del tiempo, y enmarcaba un rostro deliciosamente cobrizo. Iba embutida en un suave y flexible traje de «storén», amoldado prietamente a su cuerpo, y se cubría con una especie de capa en forma de manto, de color granate, abrochada a la garganta con una diadema de oro sintético. Vista bajo los ojos de Lou, que hacía seis meses aguardaba aquel instante, estaba más bonita que todas las mitológicas diosas del Olimpo juntas. Pero en aquellos momentos Lou sintió que no podía prestar demasiada atención a sus indudables encantos; su mente estaba ocupada en otros pensamientos que no eran Sonia precisamente.
—En parte—respondió a la pregunta de la muchacha—. ¿Qué se sabe aquí en la Tierra sobre este asunto?
Ella hizo un breve encogimiento de hombros.
—¿A qué viene hablar de esto ahora, Lou? hace seis meses que no nos vemos. ¿No crees que ya tendremos tiempo de discutir estas cosas en otra ocasión? Ahora...
Avanzó de nuevo hacia él. Lou dejó el vaso sobre la mesa y se volvió hacia el ventanal.
—No habrán otras ocasiones, Sonia—dijo—. Dentro de veinticuatro horas parto de nuevo hacia Mercurio.
La risa de la muchacha le hizo volverse vivamente hacia ella.
—¿Qué sucede?
—No te preocupes por esto, Lou —dijo Sonia—. Sabía ya que vuelves a emprender el viaje a Mercurio. Pero no nos separaremos por eso.
—¿Qué quieres decir?
Ella fue a sentarse en un sillón anatómico, y tomó el vaso del que había bebido Lou, bebiendo un poco del ambarino y dulzón líquido.
—Retty—dijo—... Conoces a Retty, ¿verdad? Pues Rettv me diio esta

mañana que regresabas a la Tierra y que Corning deseaba verte inmediatamente. Retty se encuentra en comunicaciones, debes saberlo, y pudo informarse así de los motivos de tu represo. Corning desea formar una expedición a fin de investigar los fenómenos que están ocurriendo en el Sol, y quiere que tú vayas en ella, para ayudar en todo lo posible. Como sea que todavía no se ha formado la expedición, y entre sus miembros necesitaban un médico, me he presentado yo. Y Corning me ha aceptado.

—¿Quieres decir que tú?...

Ella se echó a reir.

—¿Y por qué no, Lou? Es mi primera oportunidad de ir al espacio y pasar a formar parte de la categoría de los Espacianos. Además, estaré contigo todo el tiempo. Podemos casamos antes de la expedición, y...

Lou se apresuró a levantar una mano.

—Detente un momento, Sonia, no acabo de seguirte. ¿Quieres decir que tú has...?

—No es necesario que sigas, Lou, lo has entendido perfectamente. Yo seré uno de los expedicionarios que vayan a Mercurio.

—¿Pero acaso sabes realmente lo que está sucediendo allá? ¿Sabes a qué se debe esta súbita actividad del Sol? ¡Nuestro Sol se encuentra a punto de convertirse en nova!

Ella asintió con la cabeza.

—Lo sé, Lou; no te esfuerces. El comodoro Corning me lo dijo cuando me presenté. Si me aceptó precisamente fue porque le dije que éramos prometidos, y que quería casarme contigo.

—¡Vete al diablo! —Lou dio un fuerte puñetazo contra la mesa de silicón—. Escucha, Sonia, a lo que parece nuestro Sol ha entrado en agonía, puede estallar de un momento a otro. ¡De un momento a otro, ¿comprendes?! ¡No es una situación que pueda tomarse así, a la ligera! ¡Es algo mucho más serio!

Ella se puso repentinamente seria, y asintió con la cabeza.

—Lo sé, Lou. Pero esto es una razón de más para lo que digo. Si realmente ha de suceder algo irreparable, es mejor que estemos los dos juntos.

Lou movió dubitativamente la cabeza.

—No lo comprendes, Sonia—murmuró—. Tenemos una misión importantísima que cumplir. No es una simple misión de rutina, sino algo mucho más importante, algo trascendental. Algo de lo que puede depender el destino de la Tierra, de todo nuestro Sistema.

—¿Y es esto lo que te preocupa?

—Esto, y otras cosas también. Por ejemplo, el que el comandante de la expedición es un I. G.

—Lo sabía también. Pero no veo que ello sea algo como para

preocuparse.
—Pues me preocupa, no puedo negarlo. No comprendo lo que pretende hacer la Junta de Gobiernos enviando una expedición comandada por un robot. ¿Qué crees que puede hacer un robot en una situación de emergencia? A pesar de todo es una máquina. ¿Qué crees tú que puede hacer?
Ella se inclinó sobre él.
—Tal vez más de lo que nosotros podamos pensar, Lou. Aunque esto no debería importarnos demasiado. Si la Junta de Gobiernos lo ha decidido, ella sabrá por qué lo ha hecho. Tendrá sus motivos.
Lou contempló los rojos labios que tenía cerca de sí.
—Tal vez tengas razón—murmuró—. Sí, tal vez la tengas.
—Entonces, ¿no estás enojado por lo que he hecho?
El sonrió, y la enlazó por la cintura.
—No, no lo estoy. Al contrario. Creo que, al fin y al cabo, has hecho lo mejor. Si no tenemos futuro, al menos procuremos disfrutar de nuestro presente. Aunque para ello tengamos que olvidar a todos los robots del mundo.
La atrajo hacia sí, y la besó.

CAPÍTULO II
El silencio de la base

Se casaron en una pequeña iglesia de las afueras de Londres, una de las pocas capillas rurales que había subsistido, nadie sabía cómo, a la urbanización masiva del mundo. El propio Corning, que les diera su consentimiento para la ceremonia, actuó de padrino. Y su luna de miel fue una noche en el pabellón residencial de oficiales Espacíanos en la ciudad, para partir a la mañana siguiente, a las seis a. m., hacia la base orbital de la Luna.
La nave que había de conducirles hasta «Mercurio-S» era una inmensa esfera cargada de aparatos de observación, detección, control y análisis. Estaba construida enteramente con acero refractario de un grueso de metro y medio, recubierto interiormente por una capa de cinco metros de aislante térmico, y según los cálculos y pruebas experimentales podía acercarse al Sol hasta una distancia mínima de la mitad de la distancia de Mercurio. Aunque su misión, por el momento, era únicamente acercarse hasta las inmediaciones del planeta, sin rebasar aquel límite. A menos, naturalmente, que circunstancias posteriores lo obligaran.
Los preparativos habían sido hechos en un tiempo récord. La misma mañana de la partida Lou recibió, en un sobre lacrado, las instrucciones pertinentes, y ello le hizo suponer que el robot —se resistía a llamarle R-Ellig, como si aquello fuera un distintivo de

humanidad— también habría recibido, en grabación directa a su cerebro, sus propias instrucciones.
En cuanto a los demás expedicionarios, no tardó en conocerlos. En realidad, constituían únicamente la parte auxiliar de la expedición. Eran todos espacioservidores, simples soldados, que solamente tenían la categoría de Espacíanos de forma provisional. Todas las especialidades técnicas, toda la misión científica de la expedición, la acaparaba el robot. Todas menos una: la medicina, ya que la máquina, por su propia naturaleza mecánica, no podía poner la mano sobre un ser humano sabiendo que existía el peligro de que, aún inconscientemente, pudiera ocasionarle algún daño. Sonia era, por lo tanto, aparte de Lou, el único tripulante especialista humano de la expedición.
Y en cuanto a la misión específica de Lou, era bien concreta: el robot asumiría el mando de la expedición, el mando científico, por supuesto, y Lou debería auxiliarle en todo momento. Su misión consistiría en hacer todas las cosas que el robot, por su condición de máquina, no pudiera hacer. Y servir al mismo tiempo de mediatizador de órdenes entre R-Ellig y los demás tripulantes.

* * *

La nave partió de la base orbital lunar sin ninguna ostentación, casi en el anonimato. El mundo ignoró completamente que catorce hombres y una máquina acababan de partir en un viaje dé investigación del que dependía gran parte del futuro de la Tierra. Pero los catorce hombres que viajaban en la astronave iban completamente imbuidos en esta idea. Conocían cuál era su responsabilidad.
El viaje duraría tres días, durante los cuales los ocupantes de la nave poco podían hacer. Al finalizar el primer día fue cuando Lou recibió la primera orden oficial de R-Ellig.
Se encontraba en el salón de descanso de la nave, junto con Sonia. Después de los primeros momentos de incertidumbre, había llegado a considerar que su boda con la muchacha, antes de partir la expedición, era lo más acertado que había podido hacer. La presencia de la muchacha allí, constantemente a su lado, resultaba un sedativo que le hacía dejar de pensar en muchas cosas que quería olvidar y que, efectivamente, olvidaba.
Pero no podía olvidar a R-Ellig. Y el altoparlante de órdenes, en aquel momento, se lo hizo recordar una vez más.
—Atención, teniente Stafford. Pase por la cabina del comandante, por favor.
Desde que se iniciara el viaje el robot se había encerrado en su cabina, sin salir para nada de ella, limitándose a dar las órdenes a través de los altoparlantes. A Lou le extrañó, por lo tanto, aquella

llamada. Dirigió una mirada de incomprensión a Sonia, que se encogió suavemente de hombros. Se levantó, y tras dar un breve beso a su esposa se dirigió hacia la cabina del robot.

R-Ellig se encontraba sentado en un ángulo de la pequeña estancia, tras su mesa de ruta, observando la carta estelar. Al verle aparecer dejó instantáneamente todo lo que estaba haciendo y le indicó una silla.

—Usted parece sentir una cierta animadversión hacia mí, ¿no es verdad, teniente Stafford? —dijo, sin ningún preámbulo.

Lou observó atentamente el rostro del robot; estudiado en conjunto, era perfecto hasta en sus mínimas reacciones. Cualquiera que no conociera anteriormente su verdadera naturaleza hubiera jurado que se trataba de un hombre. Muchos robots de la serie I. C. circulaban por la Tierra bajo la personalidad de seres humanos, realizando miles de investigaciones y tareas secretas. Y nadie había podido distinguir nunca a ninguno de ellos de un ser humano. Sus constructores sabían hacerlos bien.

—No —dijo Lou—. No siento ninguna clase de sentimiento hacia usted. Las máquinas no me inspiran ningún sentimiento.

—Esta es una respuesta que muestra, claramente una cierta antipatía, ¿Intenta herirme con esas palabras? Sé que soy un robot, que no tengo punto de comparación con ningún hombre. Pero sé también que tengo ante mí una misión que cumplir, y que debo centrarme a ella sobre todas las demás cosas.

—¿Qué es esto? Los robots no tienen ninguna clase de sentimientos. Ni siquiera el del honor.

—Lo sé. Pero han imbuido en mis circuitos una finalidad específica, que debo cumplir por sobre todas las cosas. Usted está resentido porque han encargado la dirección de esta misión a una máquina, subestimando los servicios de un hombre, ¿no es así?

—No puedo negarlo.

—Y siente la dignidad humana trastocada.

Lou asintió con la cabeza.

—De acuerdo, teniente. Si le he llamado ha sido precisamente para aclarar esto. Tengo grabados en mis circuitos memorísticos todas sus características fisiológicas, psíquicas y afectivas, junto con las de todos los demás miembros de la expedición. Y sé cuáles con y en qué medida actúan sus sentimientos. Por eso quiero hacerle ver una cosa.

—¿Qué?

—La misión que nos han encomendado es trascendental para la humanidad entera. Y por ello, por sobre todos los prejuicios humanos, ha de mirarse la consecución de la finalidad que nos proponemos. Mis tres cerebros simultáneos, mi capacidad retentiva y de juicio, y la ventaja de mi círculo rotativo[2] acelerado, me permiten realizar

investigaciones, tomar decisiones y actuar en general de un modo mucho más efectivo que cualquier ser humano. Si la elección para esta misión, ha recaído precisamente en mí ha sido por este motivo. Y esto es lo que quiero hacerle comprender.
—¿Cómo ?
—De un modo muy sencillo. Sé que no podré convencerle por más palabras que emplee, pero tengo la obligación de hacer que sus juicios personales no perjudiquen en lo más mínimo la marcha normal de la misión. Desde un principio usted se ha situado en un plano contrario al mío, y es preciso que esta condición desaparezca. Su tarea y mi tarea, aunque idénticas, son distintas; la mía es coordinar y dirigir, la suya colaborar y mediar. Sé que usted no está de acuerdo con ello, pero mis circuitos de obligación son de índole superior a los retentivos del daño que pueda hacerle. Por lo tanto, es preciso que usted se doblegue a ello, aunque no le guste. Luchamos por causas muy superiores a los simples intereses personales.
—¿Es esto todo lo que quería decirme?
—Esto, y algo más. Le ruego que no lo tome como una amenaza, sabe perfectamente que yo no puedo amenazarle, pero sí considérelo como una útil indicación. Cualquier cosa, cualquier acto que intente llevar a cabo y que pueda perjudicar el fin inmediato de la expedición será inmediatamente inutilizado por mí. Aunque ello represente el tener que inutilizarle también a usted.
—¿Quiere decir que va a hacerme fusilar si desobedezco las órdenes ? —el tono de Lou era altamente burlón.
—No, pero daré orden inmediata a los restantes tripulantes de que procedan a su arresto e incomunicación.
—¿Y si los demás tripulantes se niegan? Recuerde que yo soy el mediatizado.
El robot permaneció unos segundos silencioso.
—¿Quiere decir un motín?
—Llamémosle así.
—Entonces, ante la imposibilidad de hacer nada, me autodestruiré.
Lou sonrió.
—No creo que, en su caso, resuelva nada.
El robot no se inmutó.
—Cierto, salvo que la misión no podrá llevarse completamente a efecto, y toda la Tierra perecerá. Pero la cosa traerá consecuencias más inmediatas.
—¿Cuáles?
—Cuando en la Tierra planearon esta expedición, cubrieron todos los extremos. Y si me eligieron a mí debido a que comprobaron que yo era el más capacitado para llevarla a cabo, también previeron que mi naturaleza mecánica pudiera traer consecuencias imprevisibles entre

la tripulación humana de la nave investigadora. Por eso, me entregaron una serie de tiras foto-escrituradas para que, en caso de surgir alguna discrepancia, las entregara a la tripulación. Aquí están.
Tomó de sobre la mesa una serie de tiras foto-escrituradas y se las tendió a Lou. Este abrió una y observó su interior.
—¿Qué es ? —inquirió.
—Principalmente normas estrictas a seguir por todos ustedes, los humanos de la expedición. Y una advertencia fundamental respecto a la labor de conjunto. Usted se ha reído cuando le he dicho que, en caso de ocurrir un motín, me destruiría. Pero lo que debe saber también, y cuando lea esto lo sabrá, es que mi autodestrucción, o simplemente mi destrucción violenta traerá consigo un mensaje automático a la Tierra. Y si este mensaje es recibido allí, un control remoto actuará instantáneamente, destruyendo esta nave con todos ustedes dentro. Esta es una medida de seguridad que creo deberán tener, usted y todos los demás hombres de la nave, muy en cuenta.
Lou acusó aquella respuesta. Murmuró:
—¿Quieren impresionarnos desde la Tierra?
El robot negó lentamente con la cabeza.
—No, en absoluto. Solamente quieren hacerles ver que es preciso cumplir con nuestra obligación, por sobre todos los demás sentimientos humanos.
Lou se levantó.
—¿Eso es todo lo que teníamos que hablar?
—Sí. Quiero que se lea estas tiras, y que en caso de ser necesario se las comunique a los demás hombres de la nave. No es mi intención crear antagonismos entre nosotros, y si le he dicho esto ha sido porque se trata de medidas necesarias. Espero que sabremos atemperar nuestras relaciones.
Lou se dirigió hacia la puerta. Contempló pensativo las tiras fotoescrituradas que tenía en la mano.
—Tiene razón en lo referente al objetivo primordial de nuestra misión —dijo—, y en la subestimación de nuestros sentimientos por debajo de él. Admito que nos debemos a una obligación. Pero en cuanto a lo de atemperar nuestras relaciones... —movió negativamente la cabeza —. Es usted una máquina, y nunca una máquina podrá convencerme de que deba considerarla con siquiera un poco de humanidad.
El robot se encogió de hombros.
—No me importa esto en lo más mínimo —dijo—. Pero recuerde que formamos una unidad. Y que es preciso que esta unidad no muestre resquebrajaduras.
Lou asintió con la cabeza.
—No debemos preocuparnos por esto. No creo que tenga tiempo de olvidarlo. Adiós, robot.

Abrió la puerta y salió, cerrando con suavidad a sus espaldas. Contempló unos instantes las tiras fotoescrituradas que tenía en la mano. Se dirigió hacia el más próximo eliminador de deshechos, y las arrojó allí, accionando después el aparato. Contempló unos instantes a través del visor cómo las placas grabadas se iban desintegrando en el vacío, y luego siguió su camino hacia la sala de descanso.

* * *

En el segundo día de viaje el Sol estaba ya lo suficientemente cerca como para iniciar las investigaciones preliminares en gran escala. R-Ellig decidió que era el momento, para él, de empezar a trabajar.

—Encárguese usted de la dirección de la nave —indicó a Lou—. Yo voy a iniciar las investigaciones.

—Creí que ésta era misión de ambos —objetó Lou.

—Efectivamente, pero de momento todavía no necesito ninguna clase de ayuda. Cuando le necesite ya le avisaré.

Lou no respondió. Había decidido, en parte por propia decisión, y en parte gracias a sus charlas con Sonia, admitir las decisiones del robot siempre que, según su juicio, no fueran ilógicas o contraproducentes. Por eso, se limitó a asentir con un gruñido que tanto podía ser afirmativo como negativo, y salió.

El robot empezó a trabajar. Era algo extraño el ver su trabajo. Sencillamente, se colocaba delante de los aparatos observadores y de medición, y se limitaba a mirarlos fijamente, sin realizar ninguna otra acción. Para alguien que no conociera su naturaleza de máquina le hubiera sorprendido el que no tomara notas ni hiciera ninguna clase de cálculos. Pero R-Ellig sí lo hacía. Su cerebro podía trabajar como una calculadora de alta precisión, y las notas y resultados quedaban indeleblemente grabados en sus circuitos. Cuando terminó su primer ciclo de observaciones, se dirigió a la máquina escritora-perforadora, y tradujo todos los resultados y datos obtenidos a notas. Luego tomó la cinta perforada y la introdujo en el emisor fotónico automático. El aparato empezó a retransmitir todos los datos así archivados a la Tierra, donde iban siendo recogidos, archivándolos y empezando a trabajar sobre ellos. Aquélla era, primordialmente, la misión de la nave: estudiar, investigar y comprobar, para luego enviar los resultados de sus observaciones a la Tierra y dejar que los fantásticos cerebros electrónicos y computadores de allá intentaran hallar todas las soluciones.

Pero ni Lou, ni Sonia, ni el robot siquiera, imaginaban que el fin de la expedición iba a ser muy distinto del que estaba previsto.

* * *

Rowlie fue quien comunicó la novedad, al finalizar el segundo día de viaje.
La nave estaba unida independientemente a la Tierra y a la base orbital «Mercurio-S» mediante dos canales de transmisión fotónica. Fue cuando se encontraba ya a casi dos tercios de su viaje que Rowlie, el encargado de transmisiones, dio a Lou la noticia de que el mensaje fotónico de la base correspondiente a la hora cuarta no había sido recibido, y que la Tierra informaba que los mensajes independientes con ella también habían sido interumpidos en aquel momento.
—Algo ha debido de suceder en la base —indicó.
—Indudablemente—dijo Lou. Podía habérseles averiado el aparato fotónico, pero en este caso hubieran lanzado una transmisión magnética de emergencia. Si no lo habían hecho era porque las causas eran otras. ¿Cuáles?
—Ponga en intensidad máxima de recepción a todos los captadores magnéticos —advirtió—. Y avíseme inmediatamente si recibe alguna señal.
Se dirigió hacia la cúpula de observación donde se encontraba R-Ellig, penetró sin llamar. El robot se encontraba inclinado sobre un visor, observando atentamente los registros de algunos instrumentos. Se volvió inmediatamente.
—¿Qué sucede?
—La base «Mercurio-S» ha dejado bruscamente de transmitir —dijo Lou—. El último parte lo hemos recibido normalmente a la hora tercera.
El correspondiente a la cuarta no ha llegado ni aquí ni a la Tierra.
—¿Y bien?
—He ordenado alertar al máximo los captadores magnéticos. Tal vez nos envíen alguna señal de emergencia.
—Es una medida inútil —dijo el robot—. Y un gasto innecesario de energía. Si fuera lo que dice, ellos ya hubieran lanzado algún mensaje magnético a la hora de la transmisión.
—Tal vez nosotros no lo captamos. A menudo se reciben muy débiles.
—Muy bien, entonces lance un mensaje por el canal magnético pidiendo noticias. Si no lo consigue, deje de alertar los captadores magnéticos; será inútil.
Lou se sintió inexplicablemente irritado porque aquella medida fuera mucho más lógica que la que diera él. Murmuró, en tono cortante:
—Muy bien, comandante.
Dio media vuelta, y se dirigió hacia la puerta. Cuando ya estaba en ella, el robot añadió:
—Y no deje de comunicarme inmediatamente cualquier resultado que obtenga.

Lou no respondió, y salió dando un portazo.

* * *

Llegaron a las inmediaciones de Mercurio sin que hubieran recibido ningún otro mensaje de la base orbital. La base estaba expuesta a numerosos peligros, desde un meteorito hasta un campo cósmico de energía. El robot dirigió personalmente los trabajos de anclaje, y cuando la distancia entre los dos vehículos espaciales fue mínima indicó a Lou que le acompañara.

—Que venga también uno de sus hombres y la doctora. No sabemos si los hombres de la base necesitarán ayuda médica.

Lou asintió, y transmitió las órdenes oportunas. Poco después él, Sonia, el robot y uno de los hombres de la nave se encontraban en el exterior, dispuestos a hacer el transbordo de la nave a la base.

Lanzaron el cable magnético de unión, y por él atravesaron la distancia de medio kilómetro que los separaba de la base. Los zapatos magnéticos les permitieron adherirse al casco de la esfera, y rodearlo hasta llegar a la esclusa de entrada. El indicador lateral señalaba situación de emergencia.

—Una fuga de aire —dijo Lou—. O un meteorito.

—U otras muchas cosas como éstas —el robot se arrodilló junto a la esclusa—. Deberemos forzarla. De todos modos, todo el aire respirable habrá escapado ya.

Quitó la protección de los mandos de la esclusa, y mediante un cortocircuito anuló el blocaje de la situación de emergencia. Pulsó el contacto de abertura, y la compuerta se deslizó silenciosamente, abriéndose. La ausencia de toda corriente de aire les indicó que la esclusa estaba al vacío.

Una vez cerrada la exterior, la compuerta interior fue fácil de abrir. Cuando penetraron a la anteesclusa, la carencia de cualquier corriente de aire igualmente hízolos saber que aquella cámara también estaba al vacío.

—Stan —llamó el robot al hombre que los acompañaba—; diríjase a los suministradores de oxígeno y cierre los contactos de regulación de atmósfera; es una tontería que se pierda así el aire. Ustedes, teniente y doctora, vengan conmigo.

—¿Dónde piensa ir?

—En primer lugar a la sala de descanso. Luego, a los observatorios. Una vez nos hayamos hecho cargo completo de la situación buscaremos el origen del escape.

Se dirigieron hacia el lugar indicado. El primero en penetrar en la sala de descanso fue el robot. Se detuvo en el umbral, y contempló el cuadro que se ofrecía ante sus ojos.

—Cuatro hombres —dijo—. Los otros dos estarán indudablemente en

los puestos de observación.
Encontraron el quinto en el observatorio uno, y al sexto metido en la «ratonera» del número tres. Los seis estaban muertos debido a la súbita descompresión del aire de la base al escapar por algún lugar al espacio, y todo su cuerpo estaba bañado en sangre, como si ésta hubiera escapado a la vez por todos los poros de su piel.
—Es horrible—dijo Sonia, cuando R-Ellig hubo sacado el sexto cadáver de la «ratonera».
Lou asintió con la cabeza, sin decir nada. Era horrible, sí, y principalmente para él. Hacía tan sólo una semana que aquellos seis hombres que acababa de contemplar vivían con él, charlaban con él, discutían con él. No eran meros cadáveres desconocidos, sino personas vivas en su recuerdo. Cada uno tenía un nombre, una personalidad.
Y ahora...
—Sí, doctora—respondió el robot a las palabras de Sonia, una vez hubo dejado el último cadáver en el suelo—. Es horrible. Y lo es más aún si pensamos que su muerte no se ha debido a ningún accidente fortuito. Han sido asesinados.

CAPÍTULO III
La nave

Lou volvió bruscamente la cabeza hacia el robot.
—¿Asesinados ?
—Sí. observe que ninguna de las compuertas de seguridad ha funcionado, cuando en realidad debían de haberlo hecho todas ellas. ¿Por qué? Indudablemente que el agente causante de lo ocurrido no ha sido un meteorito ni nada similar. ¿Qué puede haber sido, entonces? Sólo existe una respuesta.
Lou odió la fría lógica del robot. Si aquello era así, no quedaba ninguna duda. Y lo que decía el robot tenía todas las trazas de ser enteramente cierto. Y por lo tanto...
Fue a decir algo, y a tal efecto se volvió hacia el robot. Pero en aquel momento un «bip-bip» apagado sonó en el interior de sus cascos, y en sus cinturones empezó a parpadear una lucecita roja, indicadora de que desde la otra nave deseaban establecer contacto con ellos.
Lou estableció la conexión, y a través de los auriculares pudo oir la precipitada voz de Stone, el radarista:
—¡Atención, teniente! ¡Los aparatos acaban de detectar la presencia de una nave desconocida en nuestras inmediaciones! ¡No ha sido identificada como de ningún tipo registrado ni experimental!
—¡Déme inmediatamente sus características! —ordenó Lou, sintiendo la extraña sensación de que algo desagradable se estaba cerniendo

sobre ellos—. ¡Rápido!
—¡Es imposible, comandante! ¡Su velocidad es demasiado grande para poder precisarlas!
Involuntariamente, los ojos de Lou se dirigieron hacia el robot. Aquel par de ojos de cuarzo sensitivo lucían fríos e inexpresivos como siempre. Pero el robot supo actuar con rapidez, conectando su propio aparato radial a la onda de recibo del otro.
—Atención, soldado Stone —no gritó, él nunca alzaba su voz más allá de un tono normal—. Destruya inmediatamente el anclaje y sepárese de la base siguiendo una órbita elíptica. Si la nave se acerca a usted, indíquelo. Caso de intentar atacarle, dispare contra ella sin la menor consideración; ¿ha comprendido?
Se oyó la voz del radarista:
—Pero, comandante...
—¡Es que no ha oído! —chilló Lou—. ¡Haga lo que le han ordenado!
Cortó, sin preocuparse más del otro. Sus ojos se cruzaron con los del robot, y una idea acudió a su mente.
—Ha dado una orden que tiende a perjudicar a seres humanos—dijo —. ¿No se ha dado cuenta de ello, R-Ellig?
El robot no se inmutó.
—No son hombres—dijo simplemente.
Las paredes de la base vibraron levemente al destruir la otra nave el campo magnético de anclaje. El robot se dirigió hacia la salida.
—¿Dónde va?—inquirió Lou.
—Al observatorio cuatro. Desde allí es desde donde se domina la zona por la que debe encontrarse la otra nave.
Lou miró a Sonia, y luego siguió al robot. La muchacha hizo lo mismo tras el hombre. En el pasillo se les reunió Stan, el soldado que les había acompañado hasta allí.
—Misión cumplida, teniente—dijo—. Aunque los indicadores de los depósitos de oxígeno señalaban todos nivel cero absoluto.
Lou hizo una breve inclinación con la cabeza, y siguió hacia adelante sin decir palabra. El hombre, sin ningún comentario, los siguió.
Así llegaron al observatorio cuatro. Se encontraba orientado en forma tangencial al Sol, y el astro podía verse parcialmente en dieciséis de las veinticuatro pantallas que formaban el equipo de observación. El robot hizo la señal de llamada en su cinturón, y aguardó unos segundos.
—Radarista, su nave se encuentra ya libre de órbita. ¿Qué hay de la otra?
—La hemos perdido momentáneamente de vista; el disco del sol dificulta grandemente su localización. ¡Ahí está, teniente, la hemos cogido de nuevo!
Lou sonrió levemente al oir al radarista dirigirse siempre a él,

despreciando al robot, R-Ellig, sin embargo, ni siquiera se inmutó.
—Está bien —dijo—. Manténgala en observación, y comuníqueme todos los detalles a medida que se vayan produciendo. Usted, teniente —se dirigió a Lou—, siga la acción por la pantalla ampliadora, y tome registro óptico. Yo voy a la «ratonera».
No hacía falta que se proveyera de gafas de filtro para proteger sus ojos de las radiaciones solares, ya que sus ojos electrónicos estaban dotados de toda clase de protecciones internas. Se metió en el pequeño espacio del observatorio directo, y sus pies no tardaron en desaparecer por la abertura.
Lou localizó de las veinticuatro pantallas la que señalaba el lugar donde estaba situada la otra nave, y trasladó aquella imagen a la pantalla ampliadora. Puso en marcha el registro óptico, y aguardó.
En la pantalla, la otra nave se veía como un punto luminoso algo mayor que Venus, aunque no lo suficientemente grande como para poder precisar su forma y características. En cuanto a la nave detectada, no se la veía por ningún lado.
—¡Atención, teniente! —dijo la voz del radarista, desde la otra nave—. ¡Acaba de cambiar de dirección, y se dirige rectamente hacia nosotros!
Hubo una breve pausa.
—J. R. -3, por la izquierda del Sol, señor.
—¿Por qué sector?
Lou hizo un breve cálculo a la electrónica de posición, y buscó la pantalla correspondiente.
Hizo la sustitución en la ampliadora, y observó.
El paisaje cambió visiblemente, corriéndose todo hacia la izquierda. El Sol desapareció del campo de la imagen, y Lou quitó el filtro de la cámara a fin de lograr una mayor nitidez y visibilidad.
Examinó atentamente el círculo luminoso de la pantalla, y no tardó en descubrir un punto lejano, apenas visible en aquellos aumentos. El punto se desplazaba al mismo tiempo hacia la izquierda y hacia delante con relación a la cámara, lo que hacía que la velocidad apreciable, por ser diagonal, fuera relativamente poco intensa.
—Localizada nave, R-Ellig—informó.
—Calcule su distancia y velocidad —dijo el robot a través de la radio —. Y regístrelo ópticamente.
Lou se dirigió a la calculadora, dio los datos y referencias, y pulsó el botón de registro. En el ángulo inferior de la pantalla de ampliación surgió un rectángulo negro con el resultado obtenido, y la cámara de registro óptico lo captó. Lou leyó el resultado al mismo tiempo, y no pudo por menos que dejar escapar un silbido.
Porque si bien la nave se encontraba a noventa millones de kilómetros de ellos, su velocidad era aproximadamente de cien mil kilómetros por

segundo. ¡Casi un tercio de la velocidad de la luz!
Comunicó al robot el resultado obtenido, pero no recibió respuesta. Sonia, a su lado, inquirió:
—Lou, ¿qué puede ser?
—No lo sé —dijo el hombre—. Pero sí puedo decir una cosa: no son terrestres. No hay ninguna astronave terrestre que pueda alcanzar ni en sueños esta velocidad.
La nave se iba acercando por momentos. Lou calculó que en menos de un cuarto de hora estaría junto a ellos, a pesar de la tremenda distancia que los separaba ahora. Centuplicó mediante el telescopio electrónico los aumentos de la cámara. circunscribiendo su área de visión al punto que le interesaba. Así, la otra nave dejó de ser un punto luminoso para convertirse en un objeto medianamente identificable.
La nave no tenía ni con mucho la forma esférica o dartiforme clásica de las aerodinámicas naves terrestres. Antes bien parecía mejor como un cajón rectangular, con sendas protuberancias semiesféricas en las dos caras mayores, y una especie de antena o espejo parabólico en la parte anterior. Aparte esto, nada más podía apreciarse.
—¡Atención, teniente, se está acercando por momentos a nosotros! ¿Qué hacemos?
Lou no contestó, esperando que el robot lo hiciera por él. La respuesta de R-Ellig llegó casi inmediatamente.
—Sigan circunscribiéndose a una órbita circular al lado del planeta: los tenemos enfocados con nuestros aparatos. Tengan listos los cañones atómicos y los torpedos para el caso de que fuera necesario su empleo.
«No son hombres». Lou recordaba la frase del robot. ¿Qué había querido decir con ella, y cómo estaba tan seguro cuando la pronunció? Recordó los seis muertos de la basé, sus seis compañeros, que ahora yacían asfixiados allí, no muy lejos de él mismo, muertos por algo que aún no habían podido determinar, asesinados según todos los indicios. ¿Qué relación podía tener con aquello la nave que se estaba acercando a aquella velocidad? ¿Acaso el origen de los dos hechos era el mismo?
Quitó la imagen de la pantalla ampliadora, y la sustituyó por la que reflejaba la órbita de la nave en que habían llegado hasta allí. Ahora las dos naves se encontraban ya encuadradas dentro de la misma área. El robot indicó:
—No disparen si ella no intenta nada agresivo, pero no vacilen en hacerlo en caso contrario. ¿Han comprendido?
De la otra nave no contestaron. Mejor dicho, no tuvieron tiempo de contestar.
La nave desconocida se encontraba ya bastante cerca de ella, aunque

no lo suficiente aún como para ponerse a tiro de sus armas. Y en aquel momento sucedió todo.
Mejor dicho, apenas sucedió nada. Nada en lo respectivo a la nave desconocida. Pero la nave terrestre, de repente, sin que nada lo hiciera prever, estalló por sí sola en el espacio.
Y la otra nave, aún antes de acercarse a ella, hizo un brusco viraje en el espacio y se alejó de nuevo por donde había venido.

* * *

El rostro de R-Ellig era completamente inexpresivo. Cuando terminó de desfilar ante sus ojos la película de la copia-registro de lo sucedido, se levantó y se dirigió al aparato, volviendo a hacer pasar la segunda parte, después de comunicarle al sector que le interesaba, la nave destruida, un aumento de mil veces. Cuando la copia terminó de pasar, desconectó el aparato.
Lou, Sonia y Stan, silenciosos, dirigieron sus miradas al robot. Este dijo simplemente:
—La explosión fue debida a la unión de las materias críticas del motor atómico de la nave, sin la menor dosificación. La energía resultante, en vez de escapar por las toberas, se esparció en todas direcciones, provocando la explosión de la cámara atómica y, por extensión, la de toda la nave.
—¿Y cómo demonios lo sabe? —dijo Stan, cuya mirada hacia el robot no era nada amistosa.
El robot hizo un leve encogimiento de hombros.
—No lo sé; solamente lo supongo, a la vista de lo sucedido en la base.
Lou recordó lo que habían descubierto al examinar la base en busca de las causas de lo sucedido, mejor dicho, lo que no habían descubierto en su búsqueda. Porque la base no presentaba ninguna señal de violación, ningún orificio, ninguna fisura por la que hubiera podido escapar el aire respirable de una forma tan brusca. Es más, dentro de la nave había todavía una debilísima atmósfera, tan débil que sólo podía ser registrada por los aparatos de medición, y que no había escapado por ninguna parte. Además, los depósitos de repuesto estaban vacíos, con tan sólo una débil capa de aire sólido que, debido a su escasa concentración, había terminado gasificándose. Tampoco existía ningún vestigio de agua ni de otros líquidos en sus depósitos, salvo algunas partículas esparcidas por el suelo bajo ellos, como si los líquidos se hubieran derramado de sus recipientes a través de sus propias paredes, y éstos a su vez hubieran atravesado los suelos, escapándose al espacio, salvo algunas pequeñísimas cantidades. En total, aquello era algo demasiado absurdo, demasiado imposible. Y sin embargo...
Además, existía el caso de que ninguna de las compuertas estancas

de seguridad, salvo la de entrada a la base, había funcionado. El cierre de emergencia no había actuado en ninguna de ellas. ¿Por qué?
—A menos —había dicho el robot— que la descompresión del aire se hubiera producido en todos los niveles y recintos a la vez. Sólo así podría explicarse este aparente fallo.
Pero aquello parecía un absurdo. Para que ello sucediera era preciso que en cada uno de los compartimentos se hubiera producido una especie de orificio o algo parecido por donde pudiera escapar el aire. Y nada de esto se había apreciado. ¿Entonces?
El robot había tomado una muestra del material de las paredes —una pared cualquiera— y lo había examinado al microscopio. Luego, hizo lo mismo con un panel plástico y con el fondo de uno de los recipientes que almacenaban el agua. Finalmente, ídem con un cabello de uno de los cadáveres encontrados en la base. El resultado pareció satisfacerle. Luego, había estudiado por dos veces el registro óptico de la destrucción de la nave que les había llevado hasta allí. Y había dejado escapar aquella aseveración.
Lou observaba atentamente al robot, como si esperara encontrar en su actitud algo que le diera una pista respecto a lo que pasaba por su cerebro. Inquirió:
—¿Qué es lo que intenta decir afirmando esto?
El robot seguía inmóvil, impasible. Dijo:
—La descompresión súbita de todos los elementos de la base se ha debido a que bruscamente, la cohesión interna de todos sus materiales se ha deshecho, haciéndoles perder su calidad de sólidos, por lo que los líquidos y gaseosos que contenían han podido escapar a través de ellos. Es así como se ha producido la descompresión del aire de la base, incluso el de reserva, y los líquidos. Y así también como los motores de la otra nave han estallado repentinamente, al desaparecer la barrera que separaba los elementos fusionables entre sí.
Lou frució el ceño.
—Repita esto —dijo—. No lo he entendido.
—Es fácil. Si nosotros encerramos una cierta cantidad de gas o un líquido determinado dentro de un globo, dicho gas o dicho líquido quedarán retenidos por las paredes del globo, que impedirán que escape. Ahora bien, supongamos que estas paredes, de repente, y por pérdida de su cohesión interna, se convierten en permeables a estos elementos. La ley de expansión en los gases, y la fuerza de gravedad en los líquidos, hará que éstos atraviesen las paredes del globo, y éste se deshinche.
—¿Y bien?
—Esto podemos aplicarlo a lo sucedido aquí. Una fuerza desconocida

ha actuado sobre toda la base, haciéndole perder a todo lo que encerraba su cohesión de sólido. Por ello, los gases y líquidos que retenía en su interior han escapado, produciendo en los organismos vivos el mismo efecto que si se hubiera producido un orificio en alguna de sus paredes. El que en todos los compartimentos y simultáneamente se haya producido esto justifica el que solamente en la compuerta exterior haya funcionado el cierre de emergencia.
—¿Y cómo ha podido deducir esto?
—Simple razonamiento. El que dentro de la base existiera todavía una débilísima atmósfera, y que bajo los recipientes almacenes del agua potable hubieran algunos pequeños charcos hacía suponer que lo sucedido no se debía a ninguna causa conocida de agujero en el casco ni nada similar. El examen microscópico de los objetos que he tomado me ha revelado que mi suposición era cierta. La descohesión en las paredes de la base ha sido muy breve, y cuando todo ha recuperado su condición normal algo del oxígeno y del agua ha quedado atrapado entre las moléculas de dichas paredes. El razonamiento, una vez conocido esto, es bien sencillo.
Lou tuvo que asentir con la cabeza,
—¿Y la otra nave?
—Idéntico caso. Una pared no permeable a las radiaciones protegía las masas críticas del motor atómico entre sí. Al desaparecer la permeabilidad de esta protección, las masas críticas han sufrido una interacción, y todo ha estallado. Lo mismo que hubiera sucedido con esta base si en vez de motores a reacción de combustible sólido hubiera estado provista de motores atómicos.
Lou tuvo que reconocer que las palabras de R-Ellig eran lógicas. Dicho así parecía todo natural. Pero el admitir aquella afirmación presuponía también muchas otras cosas.
—Ello nos abre un nuevo camino —dijo el robot—. Teniendo en cuenta que la explosión de la nave se debió al acercamiento de la otra nave desconocida, es fácil suponer que ella es la causante de lo sucedido. Y si ella es la causante de lo sucedido a la nave, también lo ha de ser, por pura lógica, de lo sucedido en la base. Y ahora cabe preguntar: ¿qué le impulsó a ello?
Lou alzó los hombros.
—Es indudable —prosiguió el robot— que estos motivos son, para la nave, muy importantes. ¿Cuáles pueden ser? Teniendo en cuenta los fenómenos relativos al Sol que nos han traído hasta aquí, sólo cabe presuponer unos: éstos precisamente: la conversión del Sol en una nova.
—¡Pero esto es absurdo! —estalló Lou—. ¿Intenta decir que estos seres, estos hipotéticos seres de la otra nave, quieren destruir a todo el sistema solar?

—Exacto. Es la única conclusión lógica a que puede llegarse. Examinémoslo atentamente. ¿Qué motivos puede tener alguien en destruir a todo aquel que se acerque demasiado al Sol? Sólo uno. Y «ellos», permítanme que los llame así, son los que tienen mayores posibilidades.
—Pero, ¿qué motivos pueden tener para destruir el Sol?
—Esto no es fácil adivinarlo. Pueden existir varias razones. Tal vez nos odien, o quizás nos teman. O quizás solamente porque nos consideran inferiores a ellos. Pueden destruirlo porque teman una colisión con su propio mundo, o quizás porque crean que nuestro desarrollo puede llegar a constituir un peligro para su civilización. Los motivos pueden ser muchos, pero el fin solamente uno. Y éste, desgraciadamente, lo sabemos muy bien.
Se hizo un silencio. Por unos instantes, Lou permaneció con la vista fija en el suelo y los pensamientos girando caóticamente en su cabeza. Como si hablara para sí mismo, murmuró:
—Es absurdo. Completamente absurdo.
El robot se encogió de hombros.
—No tengo por qué discutir sus opiniones —dijo—, y no creo tampoco que éste sea el momento más apropiado para hacerlo. Pero sí necesito decirles algo que les atañe directamente. Algo de lo que depende, en un plazo muy breve, todas sus vidas.
Lou levantó vivamente la cabeza.
—¿Qué es ello?
R-Ellig permanecía sereno, enormemente tranquilo.
—Sus reservas de oxígeno —dijo—. No sé si se habrán dado cuenta, pero solamente tienen de reserva el aire que hay en sus depósitos. Y éste solamente les alcanzará para un máximo de cuatro horas.

CAPÍTULO IV
Ellos

Lou se puso en pie de un salto.
—¿Qué quiere decir?
R-Ellig se encontraba inmóvil en el centro de la estancia, con el rostro vuelto hacia la pantalla de control del registro óptico. Respondió:
—Algo muy fácil de comprender. Yo no necesito oxígeno para poder seguir funcionando, pero ustedes sí lo necesitan para vivir. La nave en que llegamos hasta aquí ha sido destruida, y la base ha quedado vacía de todas sus reservas de aire. Luego, solamente queda el gas respirable de sus depósitos, sin ninguna otra reserva. Y este gas respirable no les durará más allá de cuatro horas.
Lou comprendió el alcance de las palabras del robot y palideció. Stan, que hasta aquel momento permaneció silencioso en un rincón, dejó

escapar un grito inarticulado.
—¡Condenada máquina!...
Dio unos pasos hacia adelante con evidentes intenciones agresivas. El robot se volvió hacia él, y algo que quizás vio en sus ojos hizo detenerse al hombre. Sin levantar en lo más mínimo la voz, R-Ellig dijo:
—Ordénele que no cometa tonterías, teniente. La situación en que se encuentran no permite estupideces inútiles.
Stan desvió la vista hacia Lou, y éste avanzó, sujetándolo por un brazo.
—Estése quieto, Stan —dijo—. Lo que dice el robot es cierto, mal que nos pese. Y nada conseguirá insultándolo.
—¡Pero él es el culpable de lo sucedido!—gruñó el soldado—. ¡El fue quien ordenó a la otra nave que se mantuviera a la expectativa, dejando que estos condenados...!
—¡Cállese!—Lou apenas levantó la voz, pero su orden repercutió fuertemente en todos los audífonos—. Es usted demasiado alterable, Stan. Intente dominarse o me veré obligado a tomar medidas contra usted.
—¿Qué va ha hacer, comandante? ¿Va a arrestarme?
—No, soldado Stan. Pero sí puedo encerrarle en una cápsula de castigo y lanzarle al espacio. Los reglamentos especiales me lo permiten, no lo olvide.
El soldado se volvió hacia él:
—¡Cállate, condenada máquina! ¡Cállate si no quieres que te rompa todas las válvulas!
—¡Basta! —de un fuerte tirón, Lou lo hizo voltear hacia él—. ¡Ya está bien, soldado! ¡Vuelva a decir otra insensatez y le meteré en una cápsula de castigo!
El soldado se echó a reír.
—Puede hacerlo con toda libertad, teniente. Al fin y al cabo, también moriremos todos.
—Tal vez no —dijo el robot—, si dejan de portarse como estúpidos.
Los dos hombres se volvieron instantáneamente hacia él. Stan avanzó un par de pasos.
—¿Qué quieres decir? ¡Explícate, saco de electrones!
R-Ellig parecía completamente indiferente al estado de ánimo del soldado. Se volvió hacia Lou para hablar.
—Voy a ser franco con ustedes —dijo—. La misión que nos ha traído hasta aquí ha sido la de investigar los fenómenos del Sol. Al parecer, los ocupantes de la nave que ha destruido la otra nave y esta base están íntimamente ligados con ellos. Luego, nuestra misión se orienta ahora hacia esta nave y sus ocupantes.
—¿Y bien?

—Ahí es precisamente donde se funden los dos únicos caminos que podemos seguir. Por una parte, la única salvación que existe para ustedes es esta misma nave. Por otra, en ella se encuentra la probable solución de los fenómenos solares que nos ocupan. Nuestra misión es, ante todo y sobre todo, intentar hallar esta solución. Luego, la decisión que debemos tomar es única para nosotros.
Sonia habló por primera vez al robot:
—¿Quiere decir que pretende que pidamos auxilio a la nave que ha destruido a todos nuestros compañeros?
—Exacto. ¿O puede alguno de ustedes ofrecerme alguna otra solución mejor?

* * *

R-Ellig lanzó el mensaje fotónico bajo la mirada desaprobatoria de Lou. Este veía que el proyecto del robot, pese a ser el único que podían seguir con ciertas garantías de éxito, no era ni con mucho tan seguro como pudiera parecer. Los de la nave desconocida podían aceptar el señuelo, era cierto, pero también podían desconfiar y hacer nuevamente con la base lo que habían hecho ya antes, matando a todos sus ocupantes. Además, si los recogían tampoco conseguirían gran cosa, salvo vivir un poco más. Quedarían prisioneros. Quizás los mataran. O quizás se sirvieran de ellos empleándoles como conejillos de indias, a fin de examinar y estudiar su metabolismo básico, si se trataba de unos seres de naturaleza física distinta a la suya.
Pero al mismo tiempo tenía que convenir también que el plan del robot era el único que ciertamente podían llevar a cabo. Se encontraban sin reservas de oxígeno, casi en los umbrales de la muerte por asfixia. Nadie podía acudir en su socorro, la base más cercana se encontraba en Venus, a demasiada distancia. Aparte de que también, indudablemente, la aparición de una posible nave en las inmediaciones del Sol traería consigo el que la nave desconocida atacara una vez más.
El robot era, dentro de su naturaleza, un cerebro lógico ciento por ciento. Desconocía quiénes eran los tripulantes de la nave atacante, pero podía suponer fácilmente que entendían el emisiones fotónicas. Asimismo, podía suponer idioma terráqueo, y que podían captar sus también que ignoraban su presencia en la base «Mercurio-S», la del robot. Lou, Sonia y el soldado en aquella base desierta, ya que se habían limitado a destruir la nave sin preocuparse de ella. Luego, tenían un tanto en principio a su favor.
Era una tontería enviar un mensaje a la Tierra, por cuanto, si ellos captaban los mensajes fotónicos se apresurarían a destruirlos. En cambio, si en vez de hacer esto enviaban un mensaje directamente dirigido a la nave atacante, era probable que rectificaran hacia ellos su

línea de conducta, e iniciaran un contacto directo.
—¿Y si no lo hacen? —había opuesto Lou—. ¿Y si se limitan a accionar de nuevo su arma contra la base, sin molestarse en averiguar nada más?
El robot se encogió de hombros.
—Todo plan ha de tener un punto débil —dijo—. Pero creo que caerán en el lazo. Por muy extraterrestres que sean, tendrán algún punto en común con los hombres: al menos el sentido de la curiosidad.
Y así se lanzó el mensaje. El robot mismo lo había redactado, poniendo en él los elementos necesarios como para despertar la curiosidad de los ocupantes de la nave desconocida. En él señalaba su presencia —la de algunos humanos—, que deseaban ponerse en contacto con ellos, debido a algunos informes que tenían que comunicarles. Señalaba su presencia en la «Mercurio-S», e indicaba su escasez de oxígeno.
—¿Qué cosa es la que tenemos que comunicarles? —había precisado Lou.
—No importa por ahora—respondió R-Ellig— Lo realmente importante es que crean lo que les decimos y acudan.
—¿Y luego?
—Luego ya precisaremos sobre el terreno. No podemos hacer nada sin haber precisado antes quiénes son «ellos». Lo importante de momento es conseguir que acudan en nuestra busca.
Cuando terminó de lanzar el mensaje, cerró el contacto del aparato sin esperar respuesta. Luego, sin nada que hacer salvo esperar, aguardaron.
Fueron unos largos momentos de impaciencia e incertidumbre. Los cuatro seres, los tres terrestres y el robot, imposibilitados de hacer absolutamente nada salvo aguardar, permanecían juntos en el observatorio cuatro, sin hablar, sin nada que decirse, aguardando únicamente el momento en que llegara la nave o se les agotara el oxígeno de sus depósitos, marcando para ellos la muerte cierta e inaplazable.
—¿Crees que acudirán?—preguntó Sonia, no sin cierta ansiedad.
Lou se encogió de hombros.
—No lo sé —respondió—. Pueden acudir a nuestra llamada, como piensa R-Ellig. Pueden dejarnos a nuestro destino, si creen que lo que les hemos dicho de nuestras reservas de oxígeno es cierto. O pueden únicamente venir a rematamos, como hicieron antes con los demás. Sólo cuando los tengamos aquí o se nos agoten definitivamente los depósitos lo sabremos.
El robot era el más tranquilo del grupo. Su naturaleza de máquina hacía que no sintiera la ansiedad, que las cuatro horas que tenían los hombres de margen hasta que se les agotaran los depósitos de

oxígeno no tuvieran para él ninguna significación. No conocía ningún sentimiento humano, ni el amor, ni el odio, ni el miedo, ni el heroísmo. Tan sólo una lógica puramente matemática, y la inquebrantable decisión fruto de las órdenes grabadas en su cerebro, de llegar hasta el fin de su misión. Se dedicó a estudiar, a través de las veinticuatro pantallas de observación, las características del astro-luz. Luego hizo una breve indicación a los tres hombres de sus propósitos y se metió en la «ratonera». Cuando Stan, con los nervios alterados, le gritó: «¿Pero es que no tiene sentimientos?», se limitó a mirarle fríamente por unos segundos, y se metió seguidamente, sin el menor comentario, en el estrecho orificio del observatorio directo.

Lou dirigió una fugaz mirada al soldado. Stan se encontraba, alterado, evidentemente nervioso. Si Lou hubiera tenido el fichero mental del cerebro de R-Ellig hubiera sabido que el hombre realizaba su sexto viaje al espacio, y que nunca hasta entonces había pasado de Venus. Pero Lou no sabía aquello, como tampoco sabía que, desde la explosión de la nave que los llevara hasta allá, Stan había empezado a dar señales de inconsistencia mental. Por eso, cuando la mirada del soldado se cruzó con la suya, y leyó en ella la muda y angustiada interrogación, sólo pudo desviar la vista, sin poder contestar.

El comunicador de su cinturón empezó a zumbar en aquel momento, y Lou entendió que el robot deseaba hablar con él. Conectó:

—¿Qué sucede, R-Ellig?

El robot tardó sólo unos segundos en contestar:

—Escúcheme atentamente, teniente. Es indudable que si bien los de la otra nave pueden conectar e interferir nuestros mensajes fotónicos, no pueden hacer lo mismo con las radiales magnéticas, ya que todas nuestras conversaciones no han sido detectadas por «ellos». Por lo tanto, sintonice su cinturón a la más baja frecuencia que le sea posible, y hagan lo mismo los demás. ¿Han comprendido?

—¿Para qué?—inquirió Sonia.

—Para poder hablamos entre nosotros en su presencia sin que sepan lo que decimos. Espejo que ellos respiren distinto aire que ustedes, así podremos llevar nuestros trajes herméticos con sus correspondientes cinturones. De todos modos, incrústense en la oreja derecha, a la menor ocasión que tengan, el audífono magnético de emergencia. ¿De acuerdo?

Lou se permitió una sonrisa algo escéptica.

—Tal vez sus conclusiones sean un poco precipitadas —dijo—. ¿No cree que sería más práctico que todo esto lo discutiéramos cuando su nave se encontrara ya cerca de nosotros?

El robot hizo una ligerísima pausa.

—No creo que tuviéramos tiempo —respondió luego—. La nave se está ya acercando a nosotros a una velocidad de cien mil kilómetros

por segundo.

* * *

La astronave era exactamente como la había visto Lou por primera vez. Una especie de caja rectangular, con dos protuberancias esféricas en su parte superior e inferior, y una especie de antena, mezcla de radar y espejo solar, en la parte delantera. Era verdaderamente monstruosa, tendría un kilómetro y medio de largo por casi un kilómetro de ancho, y algo más de medio de alto. Más que una nave tenía el aspecto de ser una inmensa colmena. No se veían en ninguna parte toberas ni tubos de escape, ni nada que indicara la presencia de motores o algo parecido.
—¿Cómo debe moverse? —murmuró Lou, casi hablando consigo mismo—. ¿Qué la impulsa?
—Tal vez campos de energía —dijo el robot, que había salido ya de la «ratonera» y se encontraba a su lado—. Es una de las energías más baratas y más fáciles de conseguir, a la vez que la más potente, si sabe encontrarse el medio de emplearla.
Lou no contestó; al fin y al cabo se trataba sólo de una hipótesis, Sonia inquirió:
—¿Cómo se comunicarán con nosotros?
—No tardaremos mucho en saberlo —dijo Lou con convicción.
En efecto, como si fuera una respuesta a sus palabras, de la parte inferior de la otra nave, que contemplaban a través de la pantalla ampliadora, surgió algo. Al principio no supieron de qué se trataba, pero pronto pudieron apreciar que era algo largo y delgado, que culebreaba en el espacio como si se tratara de una serpiente. Su extremo libre —el otro estaba sujeto a la protuberancia semiesférica— se fue acercando al costado de la base, y Sonia dejó escapar un grito cuando pareció posarse casi ál lado mismo de la pantalla por la que contemplaban la escena, monstruosamente grande y negro. R-Ellig dijo suavemente:
—Un tubo-ventosa de comunicación.
Percibieron una breve y suave vibración en el suelo a sus plantas, y luego silencio. Transcurrieron unos segundos de inmovilidad absoluta.
—¿Qué hacemos? —dijo Stan, que a todas luces no se encontraba nada tranquilo.
—Nosotros, nada —dijo el robot—. La iniciativa está totalmente de parte de «ellos».
Y «ellos» no tardaron en tomarla.
De repente la puerta del observatorio se abrió y los cuatro terrestres, como al unísono, se volvieron en redondo. Por la abertura apareció la figura de «algo»: uno de los tripulantes de la otra nave.
Sonia no pudo evitar el lanzar un grito, y tanto Lou como Stan dieron

instintivamente un paso atrás. El único que permaneció tranquilo en su sitio, sin dar la menor señal de sorpresa o de temor, fue el robot, que se apresuró a examinar atentamente aquella figura, tomando nota mental de ella.
En realidad no era exactamente una figura. Parecía como una especie de saco, de color plateado brillante, y en cuya parte inferior había algo así como un par de zancos, rígidos, cortos, que se apoyaban en el suelo mediante unos discos planos, móviles, que se adaptaban a todas las inclinaciones. No llevaba manos, sino que todo su alrededor, en lo que podría llamarse su cintura, salían una especie de flagelos, del mismo material brillante que el resto de su cuerpo, terminados en un tridente móvil de color naranja intenso. La parte superior, lo que correspondería a su cabeza, presentaba como una pequeña protuberancia semicircular que en nada se distinguía, por su color, del resto de su cuerpo. Y nada más.
Nada, salvo la especie de caja oblonga que sostenían tres de sus apéndices de la cintura, y de la que emergía una especie de antena parabólica, que se orientó inmediatamente hacia donde estaban los terrestres.
El robot avanzó unos pasos, deteniéndose casi junto al homúnculo, si tal podía llamársele. Su altura apenas le llegaría a la cintura, pero su actitud, dentro de lo que cabía, parecía digna. R-Ellig dijo:
—Supongo que tú eres uno de los tripulantes de la nave que se encuentra junto a esta base, ¿no?
El homúnculo movió ligeramente la caja, y el espejo parabólico se orientó hacia el robot. Pasaron unos segundos. Luego, una especie de voz chirriante y metálica salió de la parte delantera del aparato:
—Es cierto. Y tú eres quien ha lanzado el mensaje.
—Sí.
—Bien. Sígueme.
—No estoy solo —advirtió el robot.
—Ya lo sé. Ellos, que me sigan también.
El robot dirigió una breve y significativa mirada hacia Lou, Sonia y Stan. Los dos primeros asintieron con la cabeza, pero el soldado parecía tener otras ideas. Dio un par de pasos y gritó:
—¡Espera, saco inmundo!
El homúnculo se detuvo, y la antena de su caja se orientó hacia el hombre. R-Ellig dio unos pasos hacia Stan.
—¡Cállese!—gritó.
—¡No pienso hacerlo! ¡Ellos han sido los que han matado a los demás, son unos asesinos!
El robot se volvió con una celeridad pasmosa hacia Lou:
—¡Hágalo callar, teniente! ¡Utilice el regulador de oxígeno!
Lou se hizo cargo inmediatamente de la situación y comprendió que

era preciso hacer callar a Stan. Asimiló inmediatamente la indicación de R-Ellig. Dio un salto hacia el soldado y su mano se cerró en tomo al regulador del paso de oxígeno de su casco. Gritó:
—¡Cállese, condenado estúpido!
E hizo girar el regulador, cerrando completamente el paso del gas. Pudo ver cómo el rostro del soldado, por efecto del brusco cese del paso de oxígeno, adquiría un aspecto rojo intenso, y su boca se abría desmesuradamente en ardientes boqueadas. Se debatió unos instantes entre los brazos de Lou, que lo mantuvo firmemente sujeto. Luego, se abandonó.
—Atiéndelo, Sonia —indicó—. No creo que tarde en recuperarse, sólo ha sido un efecto momentáneo.
El homúnculo había seguido la escena al parecer con atención, y con el aparato orientado hacia el grupo. El robot se apresuró a dirigirse a él.
—Discúlpalo. El prolongado encierro aquí lo ha afectado.
Del aparato volvió a salir la voz chirriante:
—Está bien. Seguidme.
Los cuatro se apresuraron a obedecer, sosteniendo entre Lou y Sonia al aún aturdido Stan. Lou dijo, utilizando el comunicador personal:
—No cometa más estupideces, soldado Stan. No olvide que no nos encontramos en una situación muy agradable y hemos de regular nuestras emociones. Es preciso que no nos dejemos llevar por los nervios.
Stan, desde dentro de su escafandra, asintió levemente.
—Lo siento, teniente. Fue... fue una tontería.
Descendieron hasta el nivel inferior de la base, donde se encontraba la esclusa de entrada. El homúnculo andaba torpemente, adelantando sus rígidas patas con precaución. Cuando llegaron a la esclusa Lou pudo apreciar que estaba abierta, aunque a través de ella no se veían las estrellas del exterior.
—Pasad.
Primero lo hizo el robot, y luego los demás. El último fue el homúnculo. Pisaron una sustancia desconocida, en un lugar completamente rodeado de oscuridad. Tras ellos, algo se cerró entre la compuerta de entrada de la base y el lugar donde estaban. Luego, notaron una ligera y prolongada vibración, y de nuevo el silencio.
El panel a sus espaldas se descorrió de nuevo, y desde el exterior penetró una ráfaga de luz. Los cuatro terrestres apreciaron inmediatamente que se encontraban en un lugar completamente distinto al que habían dejado hacía pocos instantes. Indudablemente en aquel espacio de tiempo el tubo neumático que habían visto desde la pantalla de la base y en el cual indudablemente se encontraban se había replegado de nuevo sobre sí mismo, metiéndose en su alvéolo.

Se encontraban en el interior de la otra nave, en pleno terreno enemigo.

CAPÍTULO V
El consejo

El homúnculo se volvió y su caja oblonga dejó escapar unas palabras:
—Seguidme; por aquí.
La mirada del robot, dirigida a Lou, Sonia y Stan, fue elocuente: nada de tonterías por el momento. Stan gruñía un poco por lo bajo, pero se limitó a obedecer. Por otra parte, no podían hacer nada más. No conocían nada de lo que les rodeaba, no sabían siquiera si el aire era respirable. Nada podían hacer.
—¿A dónde vamos ?—inquirió Sonia, a través de su comunicador personal.
Lou se encogió de hombros. El robot contestó:
—Probablemente a presencia de su jefe. O quizás a alguna celda, si tienen celdas. De todos modos, vayamos donde vayamos, no hagan nada. Déjenme hablar a mí. Y recuerden que, si nadie lo descubre o lo descubro yo mismo, no soy un robot: soy un hombre como ustedes. Es preciso aparentarlo así, por ahora.
Stan bufó algo que Lou no entendió bien, pero R-Ellig ni se inmutó. Circularon a través de una especie de pasillo, hasta llegar ante una puerta circular que se abrió silenciosamente ante ellos. Se encontraron en una especie de cabina esférica.
—Un ascensor—dijo el robot.
No se equivocó. Sintieron una breve sensación de desusado peso en sus piernas, y la puerta volvió a abrirse. Un nuevo pasillo apareció ante ellos.
—Por aquí—dijo la caja del homúnculo.
—¡Cállate, saco de patatas!—gruñó Stan por el comunicador personal, procurando muy bien que el sonido no llegara hasta el exterior.
Circularon a través del corredor, hasta llegar a una nueva puerta circular, más grande que la anterior. El homúnculo emitió entonces, sin el auxilio de la caja, una modulación de sonidos agudos y silbantes, y la puerta se abrió.
—Pasad —dijo.
El robot no hizo el menor movimiento.
—¿Dónde?
—El consejo os espera —dijo el homúnculo a través de la caja—. Pasad.
El robot hizo un gesto de asentimiento y pasaron a través de la puerta. El homúnculo no les acompañó. La hoja levadiza se cerró a sus espaldas y los cuatro terrestres quedaron solos en aquella habitación.

Solos no. Ante ellos se encontraba, al fondo de la estancia, una especie de anfiteatro semicircular. Y allí, colocados sobre él, lo menos una docena de homúnculos como el que acababan de dejar tras la última puerta, con su piel rugosa y brillante, su corona de flagelos en la cintura y su protuberancia superior que parecía una ridícula cabeza fuertemente empotrada en el cuerpo.
Colocados. No podía llamarse sentados a la posición que adoptaban. En vez de sillones, bajo ellos había como una especie de copas: un pie macizo, rematado por un casquete semiesférico en el que encajaba la parte inferior de su cuerpo.
—Unos huevos duros metidos dentro de sus respectivas hueveras —dijo Lou suavemente—. Listos para ser servidos a la mesa.
A su lado, junto a cada copa, había una especie de aparato consistente en dos barras rígidas, terminadas en discos móviles y asentadas sobre una cruz que formaba un eje horizontal de sustentación, con una protuberancia a un lado. Los cuatro terrestres reconocieron inmediatamente la naturaleza de aquellos aparatos.
—Sus patas —dijo el robot—. De modo que no son genuinamente suyas.
El que se encontraba en el centro del semicírculo, un homúnculo que en nada se distinguía de los demás, se movió. Pareció emerger, como levitando, de la copa en que se hallaba metido. Llegó a la altura de su borde, pareció dar un salto y se dejó caer sobre el armazón que constituían sus patas. Se movió unos momentos sobre ellas y luego, cuando pareció que su cuerpo había encajado en el aparato, empezó a andar con el mismo paso torpe que el anterior. Entre tres de sus flagelos llevaba un aparato idéntico al que traía el otro homúnculo. Orientó su antena hacia los cuatro terrestres.
—Vosotros sois los que estabais en la base destruida, ¿verdad?
El robot avanzó un par de pasos, asintiendo dentro de su escafandra con la cabeza.
—Sí —dijo—. ¿Quiénes sois vosotros?
—No os importa —respondió el homúnculo—. Dijisteis que teníais algo muy importante que comunicar. ¿Qué es ello?
El robot dirigió una fugaz mirada a Lou, Sonia y Stan.
—Antes es preciso aclarar algunos extremos. No puedo hablaros de ello si no sé quienes sois.
—Ya he dicho que no importa esto. Sólo queremos saber lo que tenéis que decirnos vosotros.
—Vuestra intención es hacer estallar el Sol, ¿verdad?
En el anfiteatro, uno de los homúnculos se removió en su pedestal, dejando escapar algunos silbantes. El otro volvió la caja oblonga hacia él.
—¿Por qué lo preguntáis?

Era indudable, aunque la voz sonaba con el mismo tono y timbre, que era otro homúnculo el que había hablado. El robot respondió:
—Si destruís el Sol la Tierra morirá. Y con ella todos los terrestres.
—Lo sabemos.
—¿Y a pesar de ello persistís en vuestros propósitos?
El homúnculo que se había destacado volvió a usar la caja.
—¿Qué hay de malo en ello? Son nuestras leyes.
—¿Acaso vuestras leyes permiten destruir a toda una humanidad impunemente? ¿Qué motivos tenéis para ello?
A través de la caja se oyeron algunos sonidos difíciles de identificar. El homúnculo dudó, y luego dirigió el aparato hacia uno de los del anfiteatro.
—Tenemos suficientes motivos—dijo uno de los homúnculos, Lou no pudo precisar cuál—. Necesitamos un elemento de los que componen el núcleo del Sol, pero para conseguirlo debemos primero lograr que el Sol se convierta en nova, para que este elemento entre en reacción. Entonces podremos arrancarle el núcleo sólido que se formará. Esto es únicamente lo que queremos.
—Pero no tenéis ningún derecho a hacerlo, sacrificando para ello a todo un planeta. Hay muchos soles en el Universo.
—En el Universo no hay dos cosas enteramente iguales. Por otra parte, existen otros soles distintos al vuestro, es cierto, pero están fuera de nuestro alcance. Sólo el vuestro satisface enteramente nuestras necesidades.
—¿Y para qué necesitáis este núcleo?
—Para salvamos a nosotros mismos. Nuestro Sol se está agotando; sólo lanzando sobre su superficie las materias que componen el núcleo de vuestro sol se reavivará. Por esto necesitamos destruirlo.
El robot permaneció en silencio.
—Entonces estáis en vuestro derecho —dijo al fin—. Tenéis razón; podéis hacerlo.
Stan dio un brusco paso hacia adelante.
—¡Máquina condenada! ¿Qué quieres decir con esto?
El robot se volvió. Sólo Lou pudo apreciar el velocísimo movimiento que hizo su mano para desconectar el sonido exterior y conectar el personal.
—¡Stán, cállese! ¡Le he dicho que me dejara actuar!
—¡Yo no...!
Lou observó que el homúnculo había orientado rápidamente su antena hacia el soldado, y que éste hablaba en fonía directa. No sabía cuál era la idea del robot, pero sí sabía que de todos modos era altamente peligroso que Stan siguiera hablando.
Se lanzó contra él, al tiempo que gritaba:
—¡Cállese, Stan! ¡No cometa estupideces!

Los dos hombres chocaron bruscamente entre sí y Lou aprovechó el momento para arrancarle el contacto de fonía directa. Dijo aún:
—¡No tenemos nada que perder, deje al menos que el robot intente ganar algo! ¡No sé lo que se trae entre manos, pero sea lo que sea no podrá empeorar nuestra situación, y sí quizás mejorarla!
Stan había retrocedido ante el empuje de Lou. Su mano se dirigió velozmente hacia la funda de su cinturón, al tiempo que intentaba liberarse del teniente. Lou advirtió sus locas intenciones.
—¡Quieto, Stan, no cometa tonterías!
No podía golpearle, su traje espacial se lo impedía. Su brazo intentó sujetar el otro brazo, impidiendo que el soldado pudiera sacar su arma. Pero Stan hizo un brusco movimiento y Lou trastabilló y cayó hacia atrás. En aquel momento fue cuando le llegó la voz del robot:
—¡Cuidado, teniente! ¡Apártese!
Nunca supo cómo el robot pudo prevenir lo que sucedió. Algo blanco y deslumbrador pasó por su lado y a pesar de la protección de su traje espacial sintió un fuerte calor en el rostro.
Al principio no supo qué había sucedido. Luego a sus oídos llegó un agudo y penetrante grito, que se cortó en seco apenas iniciado. Después, nada.
Nada, salvo un resto de cenizas negruzcas que quedaron en el mismo lugar donde estuviera Stan pocos segundos antes.
Se volvió en redondo. La antena de la caja del homúnculo seguía apuntando al lugar que ocupara el soldado. Por lo demás, nada parecía haber cambiado en la escena. Miró al robot, luego a Sonia. Sus labios formularon, casi inconscientemente, una pregunta:
—¿Qué ha sucedido?
—Ha sido la caja —murmuró Sonia, con voz apagada—. Ha sido la maldita caja que el monstruo tiene en la mano. Su antena ha lanzado como un rayo y Stan ha muerto. ¡Ha sido él!
Los ojos de Lou se posaron en el homúnculo, que seguía inmóvil, frío como siempre. En su mirada se dibujó un destello de ira.
—¡Condenado...!
—¡Quieto, teniente, no cometa tonterías o lo matará a usted también! ¡Domínese!
Las palabras del robot impactaron fuertemente en sus oídos, como una clara advertencia. Se detuvo en seco, con los ojos fijos en la caja que, insensiblemente, había corrido hacia él unos milímetros. El robot avanzó unos pasos y se situó a su lado.
—Domínese, teniente; no podemos hacer nada. Si se deja dominar por el nerviosismo no conseguiremos cosa alguna. Es preciso que se controle.
Lou asintió con la cabeza. El homúnculo, a través de la caja, volvió a hablar como si no hubiera ocurrido nada.

—Dijisteis que queríais decimos algo. Por eso os trajimos aquí. ¿Qué es ello?
El robot se enfrentó con el homúnculo.
—¿Por qué matasteis a nuestro compañero?
—Su cerebro tenía ideas de violencia —dijo el homúnculo—. Y pensaba llevarlas a la práctica.
—¿Podéis leer acaso nuestros pensamientos?
—No, pero sí podemos pulsar vuestras sensaciones y vuestros estados de ánimo.
El robot sonrió suavemente y permaneció callado. De pronto preguntó:
—¿Qué pensáis hacer con nosotros?
—Primero, oíros. Luego, si nos servís o no, ya decidiremos.
Sonia dejó escapar un ahogado grito. Lou. a pesar de retenerse, no pudo por menos que dar un paso hacia adelante. El robot siguió, a pesar de todo, tranquilo.
—Creo que sí os serviremos —dijo—. Sobre todo después que nos hayáis oído.
—¿Sobre qué?
El robot miró a Lou y a Sonia.
—Decís que podéis pulsar nuestras sensaciones y nuestros estados de ánimo—dijo—. Entonces sabréis que el cerebro del hombre que está conmigo está dominado por la ira, aunque no tenga intenciones de convertir sus pensamientos en acción, y el de la mujer por el horror.
Y que el mío, en cambio, se encuentra sumamente en calma.
—Sí, lo sabemos.
—Muy bien, entonces. Los hombres se encuentran dominados por sentimientos personales, pero yo no. ¿Habéis oído las palabras del hombre al que habéis matado, refiriéndose a mí?
—Sí. Ha dicho: «máquina condenada». ¿Te refieres a esto?
—Exacto. Yo no soy un hombre, soy una máquina. ¿Tenéis vosotros máquinas pensantes?
—No. Nunca las hemos utilizado.
—Entonces, tal vez no conozcáis nuestra naturaleza. Nosotros somos muy distintos a los humanos. A nosotros no nos afectan la carencia de aire, las temperaturas extremadas, ni siquiera el vacío del espacio. Si el Sol estalla, los humanos morirán, pero nosotros no.
—¿Y qué? ¿A dónde quieres ir a parar con esto?
Lou observaba fijamente a R-Ellig. Tampoco comprendía dónde quería ir a parar el robot, aunque veía que llevaba en la mente una idea concreta. Aguardó. El robot siguió hablando:
—Los hombres conocen ya las causas de lo que está sucediendo en el Sol. Saben ya que hay alguien que intenta destruirles y, aunque saben que quizás no puedan salvarse, sí saben que no hay nadie

tampoco que pueda, al menos, quitarles el derecho a la venganza, después de muertos.
—¿Cómo ?
—Mediante nosotros, los robots. Somos muchos los que poblamos la Tierra, junto con los hombres. Mientras ellos vivan, ellos seguirán ordenándonos, pero en el mismo momento en que no quede nadie que pueda hacerlo, nos convertiremos en seres independientes. Y empezaremos a actuar como tales.
Uno de los homúnculos situados en el anfiteatro lanzó una serie de modulaciones y varios otros le contestaron. Sonia se volvió hacia Lou:
—¿Qué pretende hacer?
—No lo sé —tuvo que reconocer el hombre—. Pero lleva entre manos una idea concreta. Y parece que la está llevando con buen éxito.
—Todos nosotros —prosiguió el robot— tenemos grabadas en nuestros cerebros órdenes concretas sobre lo que tendremos que hacer, caso de que el hombre desaparezca sobre la Tierra.
Y estas órdenes son una sola: destruiros a todos vosotros, hasta que no quede ninguno de vuestra raza.
—Un momento —el homúnculo había enfocado la caja a uno de sus compañeros, que acababa de saltar de su soporte, cayendo sobre el mecanismo de sus patas mecánicas—. Creemos que estás mintiendo.
—¿Por qué?
—Nos lo estás contando, y no lo harías si realmente dijeras la verdad.
—No es cierto. Estoy cumpliendo órdenes: debo hacerlo.
—¿Cuáles son estas órdenes?
—Los hombres de la Tierra saben vuestras intenciones —dijo R-Ellig con aplomo—, y quieren evitar derramamientos de sangre. Por eso me han enviado a mí. Vosotros podéis hacer estallar el Sol, y con ello destruiréis la Tierra. Pero no nos destruiréis a nosotros, los robots. Seguiremos viviendo y tomaremos posesión del mundo en nombre de los hombres. Y os destruiremos.
—Estás mintiendo.
El robot negó con la cabeza.
—No es cierto, y puedo demostrarlo.
—¿Cómo?
—Sabemos cuál es la ubicación de vuestro planeta. Sabemos que se encuentra muy cerca del nuestro, en un sistema solar situado en una galaxia oscura. Y nuestras naves pueden llegar hasta allá.
El homúnculo, al que se le había agregado el otro, miró hacia el círculo del consejo. El robot permanecía impasible. El homúnculo dijo:
—¿Y estos otros hombres? ¿Qué hacen aquí?
—Pertenecen a la nave que me trajo hasta Mercurio. Se salvaron por casualidad. Su misión era dejarme en la base y regresar a la Tierra, pero acudieron a la base para investigar la muerte de sus

compañeros. Esto los salvó.
—Sus mentes tienen pensamientos de odio hacia nosotros.
—Porque ellos no pueden dominar sus sentimientos. Ellos os odian, por el simple hecho de que queréis destruirlos. Por eso he acudido yo a hablaros en su nombre. Ellos, como el que habéis matado, no hubieran podido dominar sus sentimientos.
Los homúnculos empezaron a hablar entre ellos, con sus características agudas modulaciones. El que parecía llevar la voz cantante volvió a hablar a través del aparato.
—Tendremos en cuenta tus palabras—dijo—. De momento os consideraremos rehenes. Luego ya decidiremos sobre vosotros.
Se oyó a continuación una serie de silbidos y la puerta circular volvió a abrirse a espaldas de los tres terrestres. El mismo homúnculo —u otro quizás— que los llevara hasta allá volvió a apuntar su caja hacia el robot.
—Seguidme —dijo.
El robot miró al que presidía el consejo.
—Espero que estudiaréis mis palabras —dijo—. Los hombres no quieren la guerra, quieren la paz. Pero actuarán contra vosotros si es preciso.
Dio media vuelta y, seguido por Lou y por Sonia, salió de la espaciosa cámara.

CAPÍTULO VI
La celda

Lou se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra la pared, y contempló a su alrededor la desnuda celda.
Era una estancia circular, de cortas dimensiones, y enteramente metálica, aunque no se veía por ninguna parte asomo de juntas, remaches ni soldaduras. Estaba iluminada desde su parte superior por una luz azul, suave y muy difusa, proveniente de algo así como un disco situado en el centro mismo del techo.
Sonia fue a sentarse al lado de Lou, y su mano buscó la de su marido.
R-Ellig se situó, inmóvil, de pie frente a los dos.
Lou levantó la vista.
—¿Y ahora qué? —dijo. Su tono fue conciso y nada amistoso.
—Ahora ha llegado el momento —dijo el robot— de actuar.
—¿Actuar? ¿Cómo?
—Un momento, Lou —dijo Sonia, que observaba atentamente la aparente frialdad del rostro de la máquina—. Creo que antes sería preciso que nos explicara el porqué de sus acciones ante los homúnculos. ¿Cuáles han sido sus motivos para contar esa historia a... a esos seres?

—Ganar tiempo—respondió el robot—. Simplemente esto: ganar tiempo.
—¿Para qué?
—Para actuar. Para tener libertad de movimientos.
—¿En esta celda? —Lou se rió cáusticamente. Luego se desasió de la mano de Sonia y se puso en pie—. Un momento —dijo—. Creo que será mejor que nos diga todo lo que tiene en estos tres cerebros que le han metido los hombres en el cuerpo. Contó a estos seres una mentira y ellos no tardarán en darse cuenta de ello.
—Lo sé. Pero en este intervalo habremos dispuesto ya del tiempo necesario.
—¿Para qué?
—Para apoderarnos de la nave.
Lou cruzó una fugaz mirada con Sonia. Sintió un irrazonable deseo de estallar en carcajadas.
—¿Está loco? ¿Dice que pretende apoderarse de la nave? ¿Cómo, y para qué?
—Creo que deberé explicarles todo —dijo el robot—. Durante nuestro viaje hasta Mercurio, y después en la «ratonera» de la base, permanecí estudiando a fondo los fenómenos solares. Y hallé las causas de lo que está sucediendo.
Lou no pudo evitar un gesto de sorpresa. Sus opiniones hacia el robot cambiaron insensiblemente.
—Nadie pudo hallarlas desde la Tierra, desde Venus ni desde la base misma. ¿Cuáles son?
—Nadie tenía los elementos de juicio y deducción que poseo yo —replicó el robot—. Por esto me eligieron precisamente «a mí»—hizo una pausa y prosiguió—: Toda la potencia radiactiva del Sol se está acumulando en el núcleo, que la va recogiendo de sus partes exteriores. Al suceder esto, se produce una manifiesta desigualdad constitucional, pues si bien la parte interior del Sol se va sobrecargando de radiactividad, su fotosfera la pierde, no hacia el espacio, sino hasta el astro mismo. Esta desigualdad va haciendo que el equilibrio del Sol se inestabilice, lo que produce todos los fenómenos que hemos observado. Hasta que llegará un momento en el que esta inestabilidad sea de un orden tal, que la interacción de las dos masas, una casi carente de radiactividad y la otra sobrecargada de ella, destruya el equilibrio. Entonces, el Sol estallará.
—¿Y bien?
—Realmente, todo esto no puede suceder sin la presencia de un agente externo que lo origine. Nadie se ha apercibido de nada anormal en el espacio alrededor del Sol; ningún cometa, ningún planeta errante, ningún campo radiactivo... Al principio parecía que no existiera nada, que todo ello se hubiera producido por propia

generación.
—Pero entonces aparecieron los homúnculos —apuntó Lou—. Y el problema quedó resuelto.
—Por esto deducí desde un principio que ellos eran los causantes de lo ocurrido. Y actué en este sentido.
—Dijo que ellos provenían de un sistema oscuro situado cerca del nuestro. ¿Cómo lo supo?
—Ellos mismos lo dijeron. Nuestra conversación en el consejo fue también un sondeo por mi parte. Ellos afirmaron que los demás sistemas que poseen un Sol semejante al nuestro están lejos de su alcance. El sistema más cercano al nuestro, Alfa de Centauro, tiene otros sistemas del mismo orden que el nuestro a menor distancia que nosotros. Luego, tenía que existir un nuevo sistema entre Alfa y nosotros, un sistema que no había descubierto por algún motivo. ¿Cuál? Una galaxia oscura.
—De acuerdo. ¿Y qué más?
El robot miró unos instantes a Sonia, para desviar después su vista de nuevo hacia Lou.
—Nada más. Ahora ya conocemos los motivos. Ahora falta hallar una solución.
—¿Cómo ?
—Es muy fácil: «ellos» la tienen. «Ellos» son los causantes de lo sucedido. «Ellos» son, por lo tanto, quienes han de tener el remedio a lo que ellos mismos han originado.
—Pero esto no es ninguna solución.
—Sí lo es. Los fenómenos que ocurren en el Sol es indudable que se deben a la acción de campos magnéticos de alta potencia. Esta nave está movida por campos de energía pura. Luego, es indudable que son sus propios motores los que, convenientemente usados, realizan lo que está sucediendo. Y si son ellos los que actúan en este sentido, su actuación puede convertirse en reversible y servir a nuestros intereses.
—¿Cómo? —repitió Lou.
El robot sonrió levemente.
—La acción que los campos de energía pura de la nave realizan sobre la radiactividad del Sol es repelente; al girar la nave alrededor del Astro, esta acción se extiende sobre las capas superiores, confinando la radiactividad hacia su núcleo. Por lo tanto, si lanzamos la nave hasta este último y una vez en él damos toda la potencia a los motores, la acción se convertirá en todo lo contrario; la radiactividad será empujada a las capas superiores, y todo volverá a quedar como antes.
—Pero para ello es preciso disponer del control de la nave —objetó Lou—. ¿Cómo piensa lograrlo?

El robot se permitió una nueva sonrisa.
—No olvide que los homúnculos saben que ustedes necesitan oxígeno para vivir, teniente —dijo—. Y que han de traerles dentro de poco nuevas cargas, si no quieren que mueran. Dentro de poco los tendremos aquí. Y entonces será el momento de actuar.

* * *

Lou y Sonia se pusieron en pie de un salto cuando la compuerta se abrió girando sobre sí misma. El robot, en cambio, permaneció en la misma posición en que se encontraba, sin alterar el menor de sus músculos exteriores.
Penetraron tres de aquellos seres, bamboleándose sobre sus patas metálicas. Uno de ellos traía una caja oblonga con su correspondiente antena, y los otros dos algo parecido a sendos depósitos, de forma esférica, y con un tubo flexible en la parte superior.
El que llevaba la caja fue el que se dirigió a ellos, a través del aparato.
—Volveos de espaldas a nosotros —dijo—. Y no os mováis.
Lou y Sonia hicieron lo indicado, seguidos inmediatamente por el robot. Los dos homúnculos de los depósitos avanzaron y Sonia no pudo evitar un estremecimiento cuando un par de flagelos de uno de los seres se posó en su espalda, tanteando en el depósito de oxígeno la llave del regulador. Hicieron allí una serie de manipulaciones, que ni ella ni Lou pudieron adivinar, y luego oyeron algo así como el apagado silbido de un gas al escaparse de su depósito. Segundos después, los dos homúnculos se apartaban de ellos, alineándose junto al tercero.
—Tenéis aire respirable suficiente para cinco horas—dijo el homúnculo que llevaba la caja.
Entonces fue cuando el robot se volvió.
Su aspecto era tranquilo, inofensivo casi. Se quedó mirando unos instantes fijamente al homúnculo, sin hablar. Luego dijo:
—¿Qué órdenes tienes para nosotros?
—Debéis permanecer aquí —dijo el de la caja—; sin moveros. Estas son las órdenes.
—Yo no necesito aire para respirar—dijo el robot—, ni tampoco alimentos para comer. Pero ellos—señaló a Lou y Sonia—sí. Llevan raciones en sus trajes, pero no pueden tomarlas sin quitarse las escafandras. ¿Por qué no habilitáis este recinto con aire respirable para sus organismos?
—No es posible —dijo el homúnculo—. Vuestro aire respirable es venenoso para nosotros. Y no hay esclusa purificadora que evite que la atmósfera de este recinto se mezcle con el de los demás al abrirse la compuerta.
Lou apreció en el robot algo así como una ligera sonrisa. Se acercó unos breves pasos al homúnculo.

—Está bien—dijo—. Completamente de acuerdo.
Y actuó, tan velocísimamente que Lou apenas pudo seguir su movimiento. Se llevó con celeridad una mano a la espalda y al mismo tiempo se agachó hacia adelante. Se oyó un silbido agudo y penetrante y de la parte superior de su depósito de oxígeno surgió un chorro de vapor blanco que se disolvió rápidamente. Luego, sincronizado con estos movimientos, el robot volvió a enderezarse en décimas de segundo y su pierna izquierda se alzó con violencia. La caja del homúnculo saltó por los aires, dio un par de volteretas sobre sí misma, y fue a caer finalmente al suelo, donde la antena se quebró con un seco crujido. El homúnculo retrocedió rápidamente, y R-Ellig gritó:
—¡Ahora, teniente! ¡Ataque a los otros dos!
Lou no lo pensó dos veces para lanzarse hacia adelante. Oyó un grito de Sonia a sus espaldas y algo así como una nota de agudísimo diapasón proveniente de los homúnculos. Estos parecían estar aturdidos, como si no supieran exactamente cómo reaccionar. El robot dejó caer su pesada mano metálica sobre la protuberancia superior del homúnculo que había llevado la caja, y ésta hizo el efecto de partirse como un fruto maduro. Lou; sin dudar, repitió la misma operación con el ser que tenía más cerca. Un golpe, una especie de débil crujido, y el homúnculo se desplomó en el suelo , cruzando grotescamente sus metálicas patas al caer. El otro intentó huir, corriendo hacia la compuerta de entrada, pero el robot lo esperaba a mitad de camino. Un nuevo golpe y el tercero cayó al suelo donde, al igual que los otros dos, quedó instantáneamente inmóvil.
Durante unos breves segundos, Lou, Sonia y el robot permanecieron inmóviles, contemplando los tres cuerpos caídos. Lou pensó que había sido demasiado fácil eliminar a los tres homúnculos. Miró el guantelete de su mano con que había golpeado y no vio nada adherido a él. De las rotas cabezas —si eran cabezas— de los tres homúnculos no manaba sangre ni nada parecido. R-Ellig se inclinó sobre uno de los caídos y Lou preguntó:
—¿Y ahora qué?
El robot no contestó. Se arrodilló junto al homúnculo y tomó el depósito que había caído a su lado. Lo estudió brevemente y luego accionó una especie de llave. De nuevo se oyó el silbido y pudieron ver una especie de chorro de vapor blanquecino surgir del aparato y desvanecerse en el aire. El robot mantuvo unos instantes la llave abierta y luego la cerró.
Sonia se acercó a él.
—¿Cómo lo consiguió?
No dijo el qué, pero el robot la comprendió. Señaló su propio depósito, del que había escapado ya todo el gas.

—Yo no necesito oxígeno —dijo—; por eso mi depósito estaba aún lleno. Al soltar todo su contenido hacia ellos, ésto los atontó. Y pudimos actuar sin ningún peligro.
—¿Y ahora qué? —repitió una vez más Lou.
El robot volvió a inclinarse junto al caído.
—Ahora estamos, por un cierto tiempo, seguros. El aire que he soltado en esta celda nos garantiza que «ellos» no entrarán aquí por ahora. Y esto nos da un margen que podemos aprovechar.
—¿Y qué vamos a hacer en este margen?
El robot estaba manipulando en las piernas artificiales del homúnculo. Tras varias tentativas logró separarles del resto del cuerpo del ser.
—«Esto»—dijo y señaló las piernas—. Creo que es nuestra mejor solución y puede ser nuestro mejor triunfo.
Lou contempló el aparato, sin comprender. El robot, en cambio, tenía ideas concretas. Tomó la cruz que formaba el eje de sustentación y manipuló en la protuberancia que se formaba en su centro. Poco después conseguía que la parte superior de aquella protuberancia se abriese, y dejara al descubierto el complicado mecanismo que se ocultaba en su interior.
—¿Qué es?—inquirió Sonia.
—Usted podrá, en parte, saberlo y comprender su función, ya que es doctora — dijo R-Ellig—. Es un minúsculo motor, lo que hace que se muevan las patas metálicas. Va conectado a los terminales nerviosos del cuerpo del homúnculo que lo lleva, y éste lo maneja mediante órdenes mentales, al igual que hacen los humanos con cualquiera de sus músculos.
—¿Y qué es lo que lo mueve?—inquirió Lou.
—Esto es lo más importante para nosotros. Porque este motor es movido mediante impulsos magnéticos.
Lou frunció el ceño.
—¿Cómo es esto?
—Usted lo comprenderá mejor, doctora —dijo el robot—. En realidad, no necesita ninguna clase de energía, salvo la que le proporciona el homúnculo. Las ondas nerviosas que manda el homúnculo a este motor son transformadas en ondas magnéticas, que se convierten en impulsos de fuerza graduados a su modulación y fuerza. Es algo muy perfecto, que el hombre todavía no ha logrado construir, pero enteramente simple en su principio. Y muy útil para nosotros.
—¿Cómo ha logrado descubrirlo? —se interesó Sonia.
—No lo diga —dijo Lou—. Pura lógica y un poco de deducción.
R-Ellig asintió con la cabeza.
—Exacto, y para convencerles voy a hacer una demostración. Una demostración que nos será muy útil.
—¿Y cómo va a hacerla?

—Mediante nuestros emisores de emergencia. Son de índole magnética, como el motor, y mediante ellos podremos hacer que las patas se muevan. No podremos gobernar estos movimientos, ya que no podemos modular los impulsos a voluntad, pero sí podremos hacer que se muevan. Lo cual ya es bastante.
Tomó de su cinturón el transmisor magnético de emergencia y lo puso en funcionamiento. Accionó en él durante unos instantes, hasta que pareció encontrar la frecuencia deseada. Entonces lo acercó al sistema motor de las patas artificiales.
Tanto Lou como Sonia pudieron apreciar claramente el estremecimiento que recorrió toda la estructura de las patas. El robot aumentó la intensidad del aparato y el estremecimiento se hizo mayor. Lou colocó una mano sobre el mecanismo y sintió claramente su vibración.
—Es algo realmente fantástico —murmuró Sonia.
—Cierto —dijo Lou—. Pero, ¿para qué nos va a servir?
El robot le miró sorprendido.
—Pero, ¿todavía no lo ha comprendido? ¡Este será precisamente el medio que nos permitirá vencer a los homúnculos, apoderándonos enteramente de su nave!

CAPÍTULO VII
La cúpula de mandos

Era una inconmensurable fortuna el hecho de que los humúnculos no les hubieran despojado de ninguno de los adminículos que llevaban en el traje espacial, ni siquiera de sus pistolas. Sólo sabiendo, como habían podido apreciar hasta entonces, el abismo que separaba la naturaleza de los homúnculos de la suya, podía imaginarse el que ellos hubieran sido tan imprevisores como para dejarles en posesión de sus armas. Realmente, había dicho el robot, poco más sabían los homúnculos de ellos que lo que ellos sabían de los homúnculos. En realidad, se habían limitado únicamente a llevar a cabo su misión de destruir el Sol, sin preocuparse de nada más. Ellos, los hombres, sólo eran bajo sus ojos un elemento secundario, que podía ser molesto, pero que nunca podía llegar a constituirse en un peligro serio.
Y aquello, aquella apreciación, les favorecía enteramente. Tenían un arma para usar contra los homúnculos: el oxígeno. Y las pistolas podían hacerles también un gran servicio.
La puerta que cerraba la celda en que se encontraban era de concepción distinta a las demás que habían visto hasta entonces. Así como las otras se abrían verticalmente, ésta lo hacía girando sobre sí misma, alrededor de un eje central. Se trataba, naturalmente, de una puerta estanca antipresión, de mucha mayor resistencia que una

compuerta normal. Pero, al mismo tiempo hacía que fuera mucho más fácil de forzar que cualquier otra.

El robot, seguido por Lou y Sonia, se acercó a la puerta, examinándola atentamente. Con la culata del arma golpeó repetidamente el metal, recorriendo toda la superficie y escuchando atentamente. Sus precisos oídos mecánicos captaron al máximo cualquier variación de sonido, lo que indicaba al mismo tiempo cualquier variación de estructura, grueso o resistencia. Luego, señaló cuatro lugares, opuestos en cuatro ángulos, que formaban un cuadrado inscrito en la circunferencia de la puerta.

—Corresponden a los mecanismos automáticos que la mantienen cerrada —dijo.

Lou empezaba a admirar sinceramente al robot por lo que era y por lo que hacía. En realidad, sus razonamientos puramente mecánicos eran difíciles de seguir y a veces de admitir, pero dentro de su orden eran enteramente lógicos y acertados. El robot se basaba únicamente en hipótesis y en correlaciones con lo que tenía en su cerebro, pero sus juicios eran infalibles, con infalibilidad de máquina. Lou se preguntó qué hubiera sucedido si en vez de ser R-Ellig el que llevara la misión hubiera sido otro, no un robot sino un hombre como él. Indudablemente no hubieran pasado de Mercurio o de la base, donde hubieran terminado como sus compañeros o muertos por asfixia al agotarse sus reservas. Y en cambio, ahora se encontraban allí, no como prisioneros sino como casi combatientes, dispuestos a dar la batalla a los homúnculos y, sino con muchas, al menos con algunas esperanzas de que sus esfuerzos se vieran coronados con el éxito.

El signo que le hizo el robot le hizo comprender que era preciso no perder tiempo en divagaciones. Armó la pistola y se preparó. Retrocedieron unos pasos para evitar que los efectos de la descarga repercutiera sobre ellos y cuando el robot hizo una nueva seña Lou hizo actuar el disparador contra las dos partes señaladas de su lado, en una ráfaga ininterrumpida. Cuando cortó la energía, un amplio boquete se había abierto en los dos lugares señalados por R-Ellig, El robot avanzó de nuevo y dio una fuerte patada contra la compuerta. Esta giró sobre sí misma, hasta quedar dejando entre ella y la pared una abertura de unos cuarenta centímetros.

—Vamos, hemos de salir de aquí.

Lo dijo suavemente, sin la menor entonación. Pero cuando sus manos de acero se apoyaron en la hoja de la puerta y la jamba, y haciendo una contracción las separaron más, tuvo que hacer un esfuerzo que ningún hombre hubiera sido capaz de realizar.

—Vamos.

Salieron al pasillo que comunicaba la nave en toda su longitud. No se veía ningún homúnculo en todo lo que alcanzaba la vista. Era lógico,

puesto que el oxígeno afectaba sus organismos. Lou tomó de manos de Sonia uno de los dos depósitos que tomaran de los homúnculos muertos en la celda, después de guardarse de nuevo la pistola, y la muchacha se quedó con el otro. El robot indicó:
—Por aquí.
Aunque habían recorrido diversos sitios desde que penetraran en la nave, dando numerosas vueltas por los pasillos de la misma, el robot no había dejado en ningún momento de saber dónde se encontraban. A medida que andaba había ido calculando las distancias, los ángulos, las subidas y bajadas, trazando en su cerebro mecánico un plano de todo su recorrido, con las medidas exactas en todas direcciones. Así, ahora sabía que se encontraban en el tercer nivel, y que probablemente, si todos los niveles eran iguales en altura, la nave tendría cinco. Estaban situados casi en la proa, hacia la izquierda, en el punto longitudinal que constituía el eje de división de la nave en tres partes iguales. La cabina de mandos, si existía —y tenía que existir—, sólo podía encontrarse en un sitio: la protuberancia superior. Luego, hacia allí debían dirigir sus pasos.
Podían utilizar para ello los ascensores, pero desconocían su manejo y era peligroso; indudablemente eran movidos a distancia o por impulsos mentales. Luego, debían buscar otro sitio por el que subir a los niveles superiores.
R-Ellig —y el propio Lou—recordaba haber visto en su recorrido de los pasillos hacia la celda en la que habían sido encerrados una serie de rampas ascendentes y descendentes, que por fuerza debían comunicar los niveles entre sí. Indudablemente era aquél un sistema para trasladarse de niveles en viajes cortos o cuando los elevadores mecánicos estuvieran ocupados. Llegaron a una de ellas, y el robot intentó examinar desde donde se encontraban el lugar a donde conducía. La rampa ascendía en espiral, por lo que no podía verse su destino, pero éste no podía ser otro que el nivel superior. Hizo un signo a Lou y Sonia y empezaron la ascensión. La muchacha no pudo por menos que exclamar, ante el silencio y la quietud que los rodeaba:
—No se ve a ningún homúnculo. ¿Dónde se habrán metido?
—Indudablemente se han escondido —dijo Lou—. Tienen miedo a nuestro oxígeno.
—Pero nos observan —dijo el robot.
—¿Cómo lo sabe?
—Por su naturaleza y el conocimiento que tienen de nosotros. Nuestro acto les ha sorprendido y no saben qué hacer. No conocen nuestras reacciones y no saben lo que pretendemos; su poder para investigar en nuestras mentes no llega más allá de sentimientos anímicos de amor, odio, irritación, dolor u otros sentimientos de índole emocional o general. Nos observan, esperando ver qué hacemos. Y aguardan a

contraatacar en el momento preciso.
—¿Y entonces?
El robot emprendió la ascensión de la rampa, y Lou y Sonia le siguieron.
—No puedo ocultarles que nos queda muy poco tiempo—dijo el robot, examinando atentamente todo lo que sucedía a su alrededor—. Mis últimos exámenes del Sol me indicaron que el proceso de acumulación de radiactividad en su núcleo se va acelerando por momentos, como es lógico en todo proceso de esta índole. Esta aceleración es incontrolable, ya que el punto de inestabilidad crítica puede alcanzarse en cualquier momento, dentro de dos días, mañana, hoy mismo. Es preciso, por lo tanto, que hagamos algo cuanto antes. Y sólo podremos hacerlo si conseguimos llegar a la cúpula de mandos —si los mandos se encuentran en la cúpula—cuanto antes.
Llegaron al nivel superior, el cuarto según los cálculos del robot. Ascendieron una rampa más y llegaron al quinto. La rampa seguía hacia arriba.
—Comunica con la protuberancia superior —dijo el robot—. Hemos tenido suerte.
Y en aquel mismo momento, cuando el robot terminaba de pronunciar la última palabra, vieron al primer homúnculo desde que salieran de su celda.
Estaba allí, junto a la rampa ascendente. El robot se apresuró a hacer dos descargas de energía contra él y Lou y Sonia dejaron escapar sendos chorros de oxígeno. El homúnculo huyó con sus cortas patas hacia arriba. El tercer disparo del robot dio contra una de ellas. El ser se desplomó en el suelo. De alguna parte de su cuerpo —ni Lou ni Sonia pudieron asegurar cuál— empezaron a salir las modulaciones agudas que ya conocían. El robot disparó una vez más, reduciendo su rugoso cuerpo a una masa retorcida y negruzca.
—Vamos, sigamos hacia arriba. Tal vez haya podido avisar a los demás y ahora ya comprendan cuáles son nuestras intenciones.
Se lanzaron rampa arriba, pasando junto al requemado cadáver del homúnculo. En aquel mismo momento, Sonia gritó:
—¡Lou, ahí detrás!
Lou se volvió en redondo, deteniendo su carrera. No sabía por dónde habían aparecido, pero al pie de la rampa había ya un cuarteto de homúnculos. Uno de ellos llevaba en sus tentáculos uno de los aparatos oblongos y Lou no olvidaba que aquellos aparatos, además de hablar, podían matar.
—¡Échate al suelo!—gritó a Sonia.
El robot se había vuelto también y en una fracción de segundo disparó hacia abajo. Lou se echó sobre Sonia, tirándola al suelo. Una raya de intensa luz blanca se silueteó por sobre sus cabezas, y en la pared

tras ellos quedó un gran hueco humeante.
El primer disparo del robot acertó al homúnculo y el segundo a la caja, que estalló en medio de un blanquísimo resplandor. Los homúnculos que estaban junto al de la caja saltaron por los aires y la onda explosiva derribó aparatosamente a R-Ellig hacia atrás. Lou y Sonia se sintieron arrastrados unos centímetros, hasta que la onda pasó.
—¡Pónganse en pie!—gritó el robot, y Lou no supo si había gritado para comunicarles la idea de urgencia o bien por propia naturaleza. Ayudó a ponerse en pie a Sonia y él hizo lo mismo.
—¡Hacia arriba! —volvió a gritar el robot.
Olvidaron lo que quedaba a sus espaldas y siguieron subiendo. Así, hasta que llegaron al final de la rampa. Un final que era un muro completamente liso, sin el menor indicio en su estructura de una puerta o algo que se le pareciera.
—¿Y ahora? —dijo Lou, sintiéndose desalentado.
El robot no se inmutó. Se acercó a lo que parecía maciza e infranqueable pared y tomó su pistola por el cañón, procediendo a golpear el metal. Sus movimientos eran rápidos, pero precisos. Lou inquirió:
—¿Cree que conseguiremos algo?
—Tal vez sí. Esta rampa ha de conducir a algún sitio, a la protuberancia superior, sin lugar a dudas. Las compuertas que vimos hasta ahora eran simples, salvo la de nuestra celda, que era estanca. Y se abría girando sobre sí misma. Si ésta es una compuerta que conduce a la protuberancia y la protuberancia es la cúpula de mandos, será estanca, y por lo tanto idéntica a aquélla. ¡Cuiden la rampa tras ustedes!
Sonia se volvió inmediatamente y Lou hizo lo mismo. No se veía nada anormal. Pero el robot indicó:
—Suelten un chorro de oxígeno. Esto parará a los homúnculos que intenten subir.
Así lo hicieron, y con esto Sonia terminó la carga de su depósito, ya gastado cuando el robot arrojara un chorro de oxígeno en la celda. Lo tiró al suelo y Lou siguió haciendo funcionar el suyo.
—Economícelo—dijo el robot—. Tal vez luego vamos a necesitarlo.
Nuevamente marcó cuatro puntos alrededor de la puerta, e hizo una seña indicadora a Lou. Este entregó su tanque de oxígeno a Sonia y le pidió que vigilara hacia atrás. Sacó su pistola, apuntó hacia dos de los puntos señalados y disparó.
Cuando terminaron las descargas, cuatro huecos quedaron en los lugares señalados por R-Ellig. El robot advirtió:
—Cuidado ahora.
Y volvió a usar los pies.
La compuerta giró sobre sus invisibles goznes, dejando una abertura

de unos veinte centímetros por cada lado. De los dos huecos salieron sendos rayos de blanquísima luz, que fueron a incidir en la pared. Un acre chirrido hirió fuertemente los oídos de los terrestres.
—¡El oxígeno, teniente!
Lou se apresuró a tomar el depósito de manos de Sonia y enfocó la boquilla hacia la abertura, dejando escapar un potente chorro. El aparato produjo un agudo silbido, luego como un estertor, y la carga se agotó.
—¡Condenación!—gritó Lou, arrojando el cilindro al suelo.
Pero ya el robot se había hecho cargo de la situación y usaba la pistola, disparando una carga ininterrumpida hacia la abertura de su lado. Del interior empezó a salir un humo acre.
—¡Vamos, teniente, ayúdeme!
Poca ayuda pudo prestar Lou. La enorme fuerza mecánica del robot hizo que la puerta se abriera lo suficiente para permitir el paso de un hombre y luego el robot se metió dentro, al tiempo que gritaba:
—¡Aguarden!
Lou y Sonia lo vieron desaparecer por unos instantes. Dentro se oyeron algunas modulaciones agudas, algo así como un grito de elevado tono, luego el trallazo continuo de un arma al disparar, y luego silencio.
—¡Pronto, entren!
No vieron al robot, pero oyeron su voz a través del comunicador personal. Lou traspasó inmediatamente la abertura, y Sonia le siguió pisándole las botas.
—¡La puerta!—les gritó el robot—. ¡Ciérrenla!
Lou sólo pudo conseguir, tras un enorme esfuerzo, moverla unos milímetros. El robot acudió rápidamente y la cerró de golpe, apoyando contra ella todo su peso y fuerza. Cuando terminó la operación, cuando la compuerta hubo encajado medianamente en su alvéolo, Lou pudo mirar por primera vez a su alrededor.
Lo primero que vio fue a varios homúnculos en el suelo, algunos enteramente carbonizados por los disparos del robot, otros solamente en parte. Habría en total unos doce, esparcidos por toda la habitación. Lou pensó en la prohibición que tenía el robot de causar daño a ningún ser humano, y su respuesta en «Mercurio-S», cuando se refirió por primera vez a la nave. «No son hombres», dijo. Por eso, había disparado contra ellos sin ninguna vacilación, impunemente, sabiendo que nada le impedía hacerlo. No eran hombres. Sus circuitos no habían bloqueado en absoluto sus facultades de obrar.
Luego, su mirada se dirigió hacia lo que le rodeaba, y quedó asombrado. Se encontraban en el interior de una inmensa cúpula, de más de diez metros de alto y enteramente transparente. A través de ella, y alzando la vista, podían verse las estrellas con la misma

claridad que si se encontraran en medio del espacio. Lou no recordó haber apreciado la primera vez que viera la nave que la protuberancia superior fuera transparente, y aquello le hizo pensar en un material biforme monotransparente. Pero lo más extraordinario era el conjunto de aparatos que había en ella, que ocupaban todos los paños de la pared, en una amalgama indescifrable de indicadores, especie de manómetros, indicadores líquidos y de luces de posición, y multitud de aparatos cuya forma y configuración eran tan distintas a las terrestres que era del todo punto imposible averiguar su utilidad.
—¿Y ahora qué? —hizo Lou su eterna pregunta.
R-Ellig había dirigido tan sólo una rápida mirada a su alrededor, para concentrar luego su atención en la compuerta de entrada. Dijo:
—Ahora es preciso evitar que los homúnculos penetren aquí por un cierto tiempo. He podido comprobar que esta cúpula tiene cinco compuertas de acceso y por las cinco pueden penetrar.
—¿Y cómo lo haremos para impedírselo?
El robot hizo un gesto ambiguo.
—Lo malo es que no sabemos si ellos disponen también de trajes herméticos como los nuestros. Si disponen de ellos no nos servirá la atmósfera de oxígeno que hemos creado en la rampa por la que acabamos de penetrar ni nada de lo que podamos hacer. Pero debemos intentarlo.
—Intentar, ¿qué?
—Destruir la atmósfera de la cúpula. Crear aquí dentro una situación de vacío.
Lou se alarmó.
—Pero, ¿y los instrumentos?
—No son más que indicadores y mandos a distancia, se trata de una sala de mandos a control remoto. Y, al igual que en las naves terrestres, los mandos estarán habilitados a prueba de vacío. Esto, al menos, parecen demostrar las cinco compuertas estancas.
—Pero, ¿cómo destruiremos esta atmósfera?
—Sencillamente, destruyendo la cúpula por alguno de sus ángulos. Observe que su espesor no es muy considerable. No nos costará mucho hacerlo; este es el punto más débil de toda la nave.
—¿Y bien?
—Usted se encargará de hacerlo, teniente. Yo, mientras, intentaré hallar los aparatos que nos interesan. Es preciso que logre hallarlos antes de que los homúnculos tengan tiempo suficiente para reaccionar organizadamente.
—¿Cree poder hallarlos?
—Será difícil, pero es preciso intentarlo. Es nuestra única solución.
Lou asintió con la cabeza. El robot indicó:
—Aten el cable de seguridad de sus trajes a cualquier saliente que

encuentren; no olviden que aquí dentro hay atmósfera, y por lo tanto presión. No quisiera que la descompresión les arrojara al vacío o contra la cúpula.
Lou y Sonia se apresuraron a cumplir lo indicado, mientras el robot se dirigía, rápidamente pero sin prisas inútiles, a la plataforma central, algo más elevada que el resto del suelo. Lou fue tanteando toda la circunferencia de la cúpula, intentando hallar algún punto más propicio que el resto para abrir el boquete. Cuado llegó a un determinado lugar, la voz del robot le advirtió, simplemente, desde el lugar donde estaba:
—¡Aquí!
Lou se detuvo. Encontró algo en que atar su cable de seguridad y el de Sonia y los afirmó. Luego, mirando ligeramente hacia arriba, apuntó su pistola hacia el extremo de la cúpula transparente, casi en el borde que se juntaba con el resto de pared. Disparó una descarga cerrada, trazando un breve círculo con la muñeca. Luego, cerró el contacto.
En la cúpula se oyó un crujido y algo muy intenso pareció succionarles hacia el lugar donde acababa de disparar. Lou tuvo de repente una premonición, y gritó:
—¡Cuidado, Sonia! ¡La cúpula puede resquebrajarse y hundirse sobre nosotros!
Pero sus temores fueron infundados. La cúpula no se resquebrajó. El material de que estaba construida no era de esta índole. En la parte afectada y debido a la presión del aire, se combó hacia afuera, se deformó en sus extremos. Pero nada más.
La succión duró tan sólo unos segundos. Luego, tan bruscamente como empezara, cesó. A través del orificio casi circular, de bordes imprecisos, podía verse el negro firmamento. Era idéntico al resto que se veía a través del transparente de la cúpula, pero a Lou le pareció que tenía una negrura distinta. Algo que indicaba más esencias de libertad. Aquello parecía como una promesa. Miró a Sonia y sonrió.
—¿Ha encontrado algo, R-Ellig?
El robot estudiaba atentamente los aparatos de la parte central con detención, pero sin dedicar a ninguno más tiempo del estrictamente necesario. Respondió:
—Todavía no. He desechado ya algunos, pero hay otros que son difíciles de determinar. He podido precisar algunos de índole electromagnética, pero solamente son de carácter auxiliar. Me faltan los de mando.
Lou miró hacia arriba, hacia el orificio y luego hacia la compuerta que habían forzado. Por allí el aire debía seguir escapando del interior de la nave, pero imaginaba que los homúnculos dispondrían de otras compuertas estancas para eliminar la gravedad de aquel percance.

Sonia inquirió:
—¿Crees que dispongan de trajes espaciales?
Lou hizo un gesto dubitativo. De pronto se le ocurrió que, si disponían de ellos, forzosamente los que estaban en la cúpula de mandos los deberían de tener a mano, e incluso llevarlos puestos para una emergencia. Miró a su alrededor y animado por una súbita idea se acercó a uno de los cadáveres, arrodillándose a su lado.
El homúnculo tenía toda la parte izquierda de su cuerpo seca y requemada, pero el resto se encontraba en buen estado. Por sobre su piel rugosa, brillante y plateada, podía verse como una fina película transparente de algo parecido al silicón. Lou, venciendo una natural repugnancia, palpó aquella película, que parecía recubrir todo el cuerpo. Sí. parecía alguna sustancia protectora, quizás algo que para los homúnculos fuera el equivalente de su traje espacial.
Se levantó, dispuesto a comunicar a R-Ellig su descubrimiento. Y en aquel mismo momento el robot gritó:
—¡Aquí está! ¡Lo hallé!
Y en aquel mismo momento también, un rayo de luz blanquísima, proveniente de un punto situado por sobre sus cabezas, fue a incidir en el suelo, justo en el mismo lugar donde poco antes se encontrara el cuerpo de Lou.

CAPÍTULO VIII
La batalla

¡Cuidado, atrás!
Lou dio un salto de costado, al tiempo que su mano descendía hacia la funda del cinturón de su traje espacial, en busca de la pistola. Su rostro se volvió hacia arriba y pudo ver algo flotando allá, junto al orificio que él mismo había abierto en la cúpula. En realidad no flotaba, sino que estaba apoyado en el material transparente de la misma. Era un homúnculo y en sus manos llevaba una de las cajas oblongas que tan bien conocían, con su correspondiente antena dirigida hacia él.
Su cerebro le dijo que tenía que sacar la pistola y disparar contra el homúnculo antes de que el ser pudiera hacer funcionar la caja, si quería salvar su vida. Pero al mismo tiempo le dijo también que era imposible apuntar su arma y disparar sin errar el tiro en los escasos segundos que necesitaría el homúnculo para lanzar un nuevo rayo de su caja contra él. Comprendió que todo estaba perdido, que no tenía ninguna posibilidad y en una fracción de segundo la idea de la muerte pasó por su cabeza.
Fue el robot quien salvó la situación, actuando con su celeridad de máquina. Desde el lugar donde estaba, sin cambiar en lo más mínimo

su posición, sacó su pistola y lanzó una descarga hacia arriba, que acertó al homúnculo con puntería infalible. La caja oblonga que llevaba estalló y sus restos salieron disparados como meteoritos en todas direcciones. En uno de los paneles laterales uno de los fragmentos estalló con un chispazo de luz azulada.
—¡Cuidado, teniente; seguramente habrán más ahí fuera! ¡Es preciso que intente contenerlos!
—¿Cuánto tiempo necesita para poner en funcionamiento el aparato?
—¡Lo ignoro, pero no creo que sea mucho! ¡Intente contenerles, es cuestión de minutos!
Lou se imbuyó fuertemente en el tono de urgencia de la voz de R-Ellig. La presencia del homúnculo allá arriba indicaba que habían salido de la nave por alguna compuerta e intentaban atacar la cúpula de mandos desde el exterior. Nada podía hacer desde allá abajo, ya que los homúnculos podían parapetarse en el exterior.
—¡Voy para allá!—gritó.
Llevó la mano al cinturón, sacó la pistola y Sonia le cogió apresuradamente por un brazo.
—¡Lou!, ¿qué piensas hacer?
Lou señaló hacia arriba.
—Salir al exterior. Es el único medio de combatir con garantías de éxito.
—¡Voy contigo!
No se molestó en contradecirla; todos los segundos contaban. Puso en marcha su impulsor, a toda potencia para contrarrestar la gravedad que ofrecía el suelo de la nave, y sintió cómo se iba elevando lentamente. Con la pistola en la mano, espiaba atentamente cualquier movimiento proveniente del exterior. Vio a un homúnculo en un extremo de la cúpula y disparó rápidamente contra él. Llegó a la altura del orificio que abriera poco antes y, mediante un cambio de dirección en el impulsor, se desvió hacia un lado, posándose sobre el material de la cúpula, muy cerca del borde del agujero.
Desde allí, la perspectiva de la nave se dominaba como una gran plataforma rectangular, cortada bruscamente en sus cuatro lados, y en la que la cúpula formaba el único accidente en su lisa superficie. El único accidente, si no se contaba la fila de homúnculos que se veía allá delante, saliendo de una compuerta circular abierta en el suelo, muchos de ellos con su correspondiente caja oblonga entre sus flagelos, y que avanzaban como un ejército bien organizado hacia allá.
—¡Son muchos!—gritó Lou, más como si quisiera convencerse a sí mismo de ello que comunicarle aquel extremo al robot.
—¡No importa, es preciso que intenten contenerlos a pesar de todo!—recogió la respuesta a través del comunicador—. ¡Deben hacerlo, aun a costa de sus propias vidas!

Lou sintió la mirada de Sonia a su lado antes aún de sentir su presencia allí. Se volvió y vio que ella intentaba sonreírle. Alargó una mano y cogió el frío guantelete de la muchacha. Dirigió una fugaz mirada hacia el Sol, que tenían a sus espaldas, enormemente amarillo y con un resplandor nunca visto hasta entonces, un resplandor agonizante, que parecía casi fluorescencia. Pensó que la vida de muchas personas, infinitas personas que hasta entonces habían sido felices, que se querían, multitud de personas como él y Sonia, dependiera quizás en aquellos momentos de ellos, de sus actos y del resultado de estos actos. Dirigió su vista hacia la columna de homúnculos y casi sin transición empezó a disparar.
Los homúnculos estaban demasiado lejos todavía para poder alcanzar a ninguno, pero el solo hecho de disparar contra ellos producía una cierta satisfacción moral que tranquilizaba el ánimo. La fila se deshizo y los seres se esparcieron por sobre la superficie metálica de la nave. Enfocaron sus cajas oblongas hacia ellos y empezaron a emitir sus rayos.
Mediante un fuerte impulso de su reactor, Lou se trasladó y arrastró consigo a Sonia hacia un lado, al tiempo que los blancos rayos de los homúnculos incidían sobre el mismo lugar que acababan de abandonar. Buscó protección tras la cúpula y se posaron allí sobre la superficie.
Su mente empezó a cavilar sobre su situación. Los homúnculos eran un número mucho mayor que ellos, estaban en gran ventaja sobre ellos. Además, por lo que podía ver, el alcance de sus rayos blancos era ilimitado. Se encontraban, por lo tanto, en patente inferioridad de condiciones. No podrían resistir en aquel sitio mucho tiempo, a menos que se les ocurriera algo.
—¿Qué hay, R-Ellig?
—Nada todavía —la respuesta del robot fue concisa y aquello le indicó que era preciso prolongar la situación por un tiempo indefinido, sin permitir que los homúnculos se acercaran demasiado a la cúpula. Miró a Sonia y en aquel momento le vino la idea a la cabeza.
Fue al contemplar el extremo del cable de seguridad del traje de la muchacha. Por lo que había podido apreciar, en el exterior de la nave, los homúnculos se encontraban atados a su superficie por su fuerza de atracción, sin ningún medio que les permitiera despegarse de ella. En cambio, ellos sí podían hacerlo. Naturalmente, el cable de seguridad era demasiado corto para aquello, pero la masa de la nave era lo suficientemente grande como para que la fuerza de atracción de la misma les retuviera si tenían la precaución de no alejarse demasiado. En pleno espacio tendrían plena libertad de acción, y para los homúnculos solamente constituirían un punto en constante movimiento. Desde allí podrían atacarles y hostigarles con plena

eficiencia.
Le expuso su idea a Sonia, pidiéndole que se quedara allí, pero ella se negó: también quería tomar parte en el juego, la responsabilidad era también suya. Lou no discutió. Asintió con la cabeza y adaptó a su pistola la mira telemétrica y el disparador de largo alcance. Por los micrófonos de su comunicador le llegó la voz del robot:
—Muy bien, teniente; es una buena idea.
Hizo un signo de suerte a Sonia y maniobró en la puerta en marcha del reactor de su impulsor. Sintió claramente el empuje hacia arriba y vio cómo el suelo sobre el que había estado hasta entonces se despegaba de sus pies. Ante sus ojos apareció el panorama completo del avance de los homúnculos hacia la cúpula.
Empezó entonces la más fantástica batalla que se haya escrito en los anales de la historia espacial. Eran sólo dos seres, un hombre y una mujer, contra no menos de una centena de homúnculos, la mayoría de ellos armados. Desde su posición superior, Lou y Sonia efectuaban continuas ráfagas contra los puntos móviles de los homúnculos, evitando que ninguno de ellos se acercara demasiado a la cúpula, trasladándose continuamente de sitio y variando la altitud, moviéndose sin cesar y dificultando con ello que los homúnculos pudieran localizarles con tiempo para disparar. Los homúnculos, que indudablemente desconocían aquella clase de lucha, se encontraban enteramente desconcertados, sin saber qué hacer ni cómo reaccionar. Sus rayos cruzaban el espacio atolondradamente, sin dirección ni objetivo fijos, a menos que tomaran por error alguna estrella con la silueta fugaz de los dos terrestres. Y mientras, Lou y Sonia seguían moviéndose sin cesar, disparando constantemente y causando numerosas bajas en sus enemigos...
Todo fue yendo bien desde un principio; parecía que el resultado iba a ser óptimo. Sin embargo, pronto se truncó la racha, al compás de un grito de Sonia:
—¡Lou, mi impulsor se ha averiado! ¡No puedo maniobrar!
Lou buscó rápidamente con los ojos a su alrededor, intentando localizar la figura de Sonia. No tardó en divisarla, en un plano superior al suyo y alejándose de la nave a una velocidad que se aceleraba en progresión geométrica.
—¡Cierra el reactor!—gritó—. ¡Ciérralo, por Dios! ¡Allá voy!
Se lanzó hacia adelante, poniendo toda la potencia a su propio impulsor, y maniobrando hasta quedar en trayectoria paralela con la de la muchacha. A sus oídos le llegó la voz del robot, que le hablaba desde la nave a través del transmisor, con un acento de perentoria urgencia:
—Teniente, no cometa locuras. ¡No puede alejarse, debe seguir hostigando a los homúnculos! ¡No puede abandonar ahora, teniente!

«¡No puede hacerlo!»
Pero Lou no prestó la menor atención a aquellas palabras; su atención estaba fija en la figura de Sonia, y veía con satisfacción cómo se iba acercando a la muchacha. Cuando llegó a su misma altura dentro de su trayectoria, pudo oír sus urgentes palabras:
—¡Oh, Lou, deténme! ¡Deténme, por favor!
Le lanzó su cable de seguridad, ordenándole que se sujetara a él firmemente. Tuvo que poner a toda potencia su reactor, en marcha inversa, para detener el doble impulso y emprender el regreso a la nave, que se había empequeñecido considerablemente a su vista. Por fortuna todavía no se encontraban fuera de su radio de gravitación, y ésta, aunque débil, impedía que quedaran aislados en el espacio. Poco después se encontraban de nuevo junto a la nave y Lou se apresuró a disparar contra los homúnculos que estaban demasiado cerca de la cúpula. Gritó al robot, a través del comunicador:
—¡Estoy de nuevo aquí, R-Ellig! ¡No ha sucedido nada irreparable!
No recibió ninguna respuesta; tal vez el robot no la considerara necesaria. Pensó que en aquellas circunstancias, con el reactor averiado, Sonia no podía seguir tomando parte en la lucha. Le indicó la cúpula.
—¿Puedes regresar sola hasta allá? Sigue con el impulso que llevas y cuando llegues frénate con la pistola. Tus botas magnéticas harán el resto. ¿Te sientes con fuerzas?
Ella asintió, intentando una sonrisa, Lou la soltó y dejó que su propio impulso la llevara hacia adelante, alejándola de él.
Y sólo entonces, cuando ella estuvo ya demasiado lejos para hacerla regresar a su lado o seguir con ella, comprendió que la muchacha, por su incapacidad de usar el reactor y obligada por ello a seguir una trayectoria uniforme y completamente rectilínea, era un blanco fácil para los rayos de cualquier homúnculo que la descubriera. Dio rápidamente media vuelta en el espacio y se dispuso a disparar furiosamente de nuevo, sin darles la menor tregua. Nuevos homúnculos iban saliendo por la cabina que se abriera en un principio, intacta a pesar de sus disparos contra ella y otras dos se habían abierto también a ambos lados, vomitando nuevos seres. Lou comprendió que la situación no podría sostenerse mucho tiempo, por más disparos que hiciera y por más homúnculos que abatiera. Si el robot no encontraba pronto lo que estaba buscando, si tardaba mucho en hallarlo, el número de homúnculos sobrepasaría su capacidad de contención y llegarían hasta la cúpula. Y entonces...
En aquel momento, uno de los seres debió divisar a Sonia, en marcha hacia la cúpula. Lou lo adivinó, más que vio, al apreciar que uno de los más cercanos a ella levantaba su caja oblonga, enfocando su antena hacia una línea diagonal ascendente. Su gesto era indudable y Lou se

lanzó en picado, al tiempo que lanzaba una descarga ininterrumpida de energía. Pero era difícil acertar la puntería en plena marcha y contra un objeto que no ocupaba más volumen que un par de metros cuadrados, y falló. Vio claramente que la antena de la caja del homúnculo basculaba levemente sobre sí misma, hasta quedar definitivamente orientada. Allá enfrente, siguiendo la trayectoria de la antena, se podía divisar el punto luminoso que constituía Sonia, en trayectoria descendente sobre la cúpula. En escasos segundos Lou comprendió que no podía hacer nada, que era inútil todo cuanto intentara. Disparó rabiosamente hacia abajo, sin importarle nada ni nadie, sintiéndose presa de una sorda desesperación ante su impotencia. El homúnculo estaba preparando, en pocas décimas de segundo el rayo blanco surgiría de su caja oblonga...
Y en aquel preciso momento sucedió todo.

* * *

El robot logró, con aquel acto, lo que nadie hasta entonces había logrado conseguir: vencer completa y definitivamente al enemigo usando únicamente sus propias armas.
Todo el proceso de gestación había empezado en la celda, cuando examinara las patas del homúnculo muerto e hiciera la prueba con el emisor magnético de emergencia. La idea, en sí, era bien simple. Las patas mecánicas de los homúnculos se gobernaban por campos magnéticos. La creación de nuevos campos magnéticos «exteriores» al aparato y sujetos a su misma onda afectaba su funcionamiento. Si se lograba producirlos en gran escala, si se podía repetir el experimento del emisor de emergencia a una mayor potencia, los resultados serían fáciles de prever. Y óptimos para ellos.
Este había sido el motivo de que se trasladaran, a toda costa, a la cúpula de mandos de la nave. El robot opinaba que, si se lograba invertir la marcha del impulsor de la nave, transformando su expulsor magnético de campos de energía en retractor, de modo que la energía resultante en vez de empujar la nave chocara contra ella, los campos magnéticos creados alterarían de tal forma el mecanismo de las patas mecánicas de los homúnculos que prácticamente lo destruirían. Y los homúnculos se encontrarían completamente imposibilitados, sin poder moverse en lo más mínimo.
En sí, la idea era lógica ya que se trataba de campos de energía y ésta podía atravesar cualquier material con la misma facilidad que un objeto atraviesa el aire. Sin embargo, Lou opuso algunos reparos, entre ellos el más importante el que quizás los homúnculos tuvieran otros medios de desplazarse aparte de sus patas artificiales. Eso podía ser cierto en los medios naturales de su planeta de origen, repuso el robot, donde estaban habituados constitucionalmente al

medio ambiente que reinaba allí, pero no en la nave, por cuanto a pesar de todo se veían sujetos al uso de sus patas artificiales. Además, se trataba de la única posibilidad que podía ofrecerles alguna garantía de éxito que tenían. Por eso, era preciso aceptarla.
Así fue como se trasladaron hasta la cúpula de mandos. Lou no se hubiera nunca visto capaz de identificar los aparatos que correspondían a lo que el robot buscaba, entre la enorme serie de controles e indicadores de índole completamente desconocida que formaba la cabina de mandos. Pero no sucedía lo mismo con la cabeza mecánica de R-Ellig. Sus tres cerebros unidos, procediendo por método enteramente científico, basándose en el más frío análisis, con base de analogías y referencias de todas clases, el trabajo había sido laborioso, pero sencillo. Aunque aquellos aparatos fueran completamente distintos a los que eran conocidos en la Tierra, existía siempre una analogía, un punto de contacto, que el robot supo ir resolviendo. Cuando halló el aparato que le interesaba, un breve estudio, un cálculo, una manipulación...
Y Lou tuvo el resultado a su vista.
Fue algo a la vez tan brusco y tan inesperado que en los primeros momentos no supo la razón de lo que había sucedido. De repente, los homúnculos que abarcaba con su vista, todos a la vez, parecieron verse afectados por un repentino temblor que duró apenas unos segundos. Luego, todos a una, como si una enorme guadaña les hubiera segado de golpe las extremidades, cayeron bruscamente al suelo que formaba la parte exterior de la nave, como fulminados. No se produjo ningún signo exterior que avisara del suceso, tan sólo un levísimo zumbido que duró escasos segundos. Pero Lou sintió que una fuerza enorme tiraba de él hacia abajo, y chocó duramente contra la metálica superficie de la nave, quedando como aplastado por una misteriosa mano contra ella. El efecto duró unos segundos y luego cesó.
Se puso trabajosamente en pie, sintiéndose todavía aturdido. No sabía lo que había sucedido, no comprendía nada. Miró a su alrededor y vio a todos los homúnculos tirados en el suelo, moviéndose convulsivamente, pero sin conseguir ponerse en pie. El homúnculo que tenía más cerca pareció como si hiciera un esfuerzo, levitó unos instantes a unos escasos centímetros del suelo, como si quisiera acercarse a Lou y luego volvió a caer. Lou lo apuntó con su pistola y lo redujo a cenizas de un disparo.
En aquel momento le llegó la fría y desapasionada voz del robot, con el mismo tono que siempre empleara, salvo en los últimos instantes, sin el menor deje de orden o perentoriedad:
—¿Qué ha sucedido, teniente? ¿Ha dado resultado?
Y Lou, bruscamente, comprendió. Supo el porqué de todo aquello y

supo que la idea del robot había dado resultado. Sintió deseos de gritar, de chillar de alegría. Pero lo único que salió de su garganta fue un sonido inarticulado, mitad carcajada, mitad llanto y mitad resumen de todas las palabras que pudieran pronunciarse en aquella ocasión y que se convertían en ninguna.
—Comprendido —dijo R-Ellig, con su característica voz, como si hubiera comprendido, sin la menor alteración de tono, frío, conciso y eficiente como siempre había sido—. Ha surtido efecto.
Y Lou no supo si admirarle, o insultarle por aquella falta de sentimientos.

CAPÍTULO IX
Epílogo

Pero no todo estaba terminado aún. El Sol, allá delante, seguía mostrando su brillo amarillento, agonizante. Faltaba poco tiempo, pocos días, pocas horas quizás.
—Su misión ha terminado —dijo el robot—. Han cumplido ya con su parte en esta empresa. Pueden regresar ya a la Tierra.
Se encontraban en la cúpula de mandos de la nave de los homúnculos, contemplando a través del material transparente el disco del Sol. Su brillo, a través de los filtros de las gafas, era vacilante, moribundo.
—Pero, ¿y el Sol?—objetó Lou.
El robot sonrió suavemente.
—Esto es cuenta exclusivamente mía —se volvió hacia ellos—. Bien, es hora ya de despedimos. Sé que nuestros puntos de vista han sido a menudo discordes, pero al final hemos conseguido nuestro propósito. Los homúnculos han sido vencidos y con ello la Tierra se ha salvado. Esto es lo único que importa ya.
—¿Qué quiere decir con esto de despedimos? —Lou observaba fijamente al robot—. ¿Olvida acaso que no tenemos ninguna nave a nuestra disposición, y que nuestras reservas de oxígeno son limitadas a cinco —pensó en el tiempo que había transcurrido— a tres horas?
El robot no se inmutó.
—¿Conocen el sistema de transmisión M-G-28?—preguntó por toda respuesta.
Lou asintió con la cabeza, perplejo. Había oído hablar de él en la Tierra. Era un nuevo sistema de transmisión espacial, casi instantáneo, que había sido experimentado en la Tierra con cierto éxito. Se trataba de un sistema que empleaba para su transmisión ondas magnéticas, en forma de modulaciones, que viajaban cabalgando sobre haces de fotones, con lo que se conseguía duplicar casi la velocidad de la luz. Tenían la gran ventaja, aparte su enorme

rapidez de transmisión, de que no necesitaban un gran equipo; el aparato transmisor-receptor ocupaba apenas el volumen de un puño humano.
—Pues bien —dijo el robot, después del asentimiento de Lou—. Desde mi salida de los talleres donde fui construido fui equipado, dentro de mi armazón metálico, y conectado directamente a mi sistema pensante, con uno de estos transmisores, a fin de ser usado en casos de emergencia, como podía ser el de motín que hablamos al inicio del viaje a Mercurio. Y lo he venido usando, para transmitir informes a la Tierra, desde que los homúnculos destruyeron la nave y con ello nuestras posibilidades de comunicar fotónicamente con nuestro planeta.
—Entonces —dijo Lou—, ¿ha estado constantemente en comunicación con la Tierra, durante todo este tiempo?
—Exacto. Y como que una de mis obligaciones es evitar en lo posible dañar a un terrestre o que un terrestre sufra daño, previne el regreso a la Tierra y las circunstancias en que debía ser efectuado. A tal fin pedí que enviaran una astronave desde Venus con el fin de recogerles en el espacio. De modo que salgan al exterior y láncense al espacio hasta salir del campo de acción de la nave. Una vez allí, permanezcan inmóviles dentro de su órbita, sin usar los reactores. La nave acudirá en el término máximo de un par de horas, según sus últimos informes, y serán recogidos. Luego, podrán regresar a la Tierra.
—¿Y...—Sonia dudó brevemente— y usted?
El robot sonrió de nuevo.
—Yo tengo que cumplir aún mi misión —dijo.
Y señaló hacia el Sol.
—¿Quiere decir, entonces, que...?
Sonia se interrumpió antes de concluir la frase, pero tanto Lou como el robot la entendieron. R-Ellig meneó la cabeza.
—No se trata de ningún sacrificio —dijo—, ni tampoco de ninguna heroicidad. Sólo soy una máquina, y una máquina no conoce el elemento constitutivo de las palabras «vida» y «muerte», propias de los humanos. Recibí la misión de salvar a la Tierra, y esto he de hacer. El dejar de existir no representa ningún sentimiento anímico en mí, siempre que este paso sea en beneficio de algo útil. ¿Y qué mayor utilidad que la de llevar finalmente a término la misión para la que fui construido, salvando a toda la Humanidad, para cuyo entero servicio fui creado?
Lou contempló unos instantes al robot, sintiendo que algo extraño nacía dentro de sí. Aquellas palabras no concordaban con la imagen clásica del robot, orgulloso, odiando a los humanos por lo que representaban para ellos, y con elementos de juicio en su cerebro más propios de hombres que de máquinas. Sus ojos se dirigieron luego al

Sol. En sus labios se formuló una muda pregunta, que quedó sin salir a la luz. Pero el robot pareció haberla oído y la respondió sin que nadie la hubiera formulado.
—Es preciso que haya alguien que provoque la explosión que devuelva al Sol su antiguo estado —dijo—. La nave es el origen de esta reacción y alguien ha de conducirla hasta allí. Ella resistirá inmune la temperatura del Sol, lo he comprobado, al menos hasta que llegue a su núcleo. Entonces, cuando vaya a alcanzar ya su punto de fusión, una reversión completa de los motores le hará estallar, causando un inmenso campo de fuerza de orden repelente, que devolverá toda la radiactividad solar a su punto de origen. Pero ha de existir alguien que haga iniciar este fenómeno y lo gradúe a fin de no causar ningún desastre. ¿Qué más lógico que este alguien sea un robot, dispuesto para realizar toda clase de tareas, tanto fundamentales como auxiliares?
—¿Y los homúnculos?—dijo Lou.
Por primera vez oyó al robot reírse con una risa que, tanto en sonido como en modulación, tenía todas las características de una risa humana.
—No deja de ser en cierto modo divertido —dijo—, pensar que estamos rodeados de enemigos, a pesar de lo cual ninguno de ellos puede hacemos el menor daño, mientras nosotros nos limitemos a permanecer aquí. No hay peligro, se tostarán cuando estemos lo suficientemente cerca del Sol o cuando estalle la nave.
Lou recordó lo que le contara antes el robot respecto al fonómeno producido, al enorme campo magnético que se había creado en la nave, y cuyos efectos había notado él en su propia persona, en los homúnculos tirados allí en el exterior, sin poder hacer uso de sus patas inservibles, sin más posibilidad que la de levitar sobre sí mismo unos pocos centímetros, para volver a caer en el mismo sitio... Se produjo un ligero silencio, en el que los tres terrestres se contemplaron entre sí, Lou y Sonia sin saber qué decir y el robot sin nada fundamental que comunicarles. Hasta que fue el propio robot quien cortó el silencio, con una frase cáustica:
—Bien —dijo—, es preciso que no perdamos más tiempo. Láncense al espacio y procuren que los homúnculos que hay fuera no les alcancen; recuerden que aún poseen sus cajas oblongas. Luego, no se preocupen de nada más. De nada, salvo de ser felices cuando lleguen a la Tierra. Recuerden que allí les recibirán como héroes. Procuren portarse como tales.
Lou y Sonia se miraron. Se encontraban indecisos, vacilantes, sin saber qué hacer ni qué decir. Si el robot hubiera sido un hombre, su acto tendría el gran valor del sacrificio heroico y aquella despedida hubiera sido un acto simbólico que, posteriormente, hubiera tenido un

gran valor para la Tierra. Pero era una máquina, un robot. Y los robots no tenían la opción de ser héroes. Eran meros servidores.

Sin embargo...

Fue algo repentino. Lou sintió derrumbarse de pronto todos los prejuicios que le acompañaran desde el principio de su viaje. Y de repente se le presentó la figura del robot como una figura grande, enormemente grande, con la grandeza que sólo saben tener los dioses y los héroes. Alargó una mano hacia el robot y el guantelete metálico que envolvía la mano humana chocó contra el otro guantelete que envolvía la mano metálica.

—Sólo existirá un héroe en este caso —dijo Lou—. Adiós, R. E. once I. G. Me gustaría que pudiera volver a la Tierra con nosotros. De veras me gustaría.

—No se preocupe —respondió el robot—. Les contemplaré constantemente desde el paraíso de las máquinas. Y ahora, váyanse. Hasta nunca, y que sean felices.

Aguardó unos instantes, sin que ni Lou ni Sonia se movieran. Y entonces, alzando el tono de su voz, con algo que parecía un grito desgarrado más que una orden, gritó:

—¿Y ahora, qué esperan? ¡Les he dicho que se vayan! ¡Váyanse! ¡Si esperan verme llorar en las despedidas, están equivocados; no olviden que soy una máquina, y las máquinas no tienen sentimientos! ¡No tienen sentimientos! ¡No tienen sentimientos!

Y su voz se cortó bruscamente, como rota bruscamente por alguna válvula que se fundiera... o ahogada quizás por algo que bien pudiera ser un sollozo...

CAPÍTULO X
Segundo epílogo

La nave era un carguero venusino, que apenas soportaba las elevadas temperaturas de las inmediaciones de Mercurio. Dentro todos sus tripulantes sudaban como condenados y cuando Lou y Sonia, después de ser recogidos en el espacio, penetraron en ella, les aconsejaron que no se quitaran los trajes espaciales; el sistema de refrigeración y acondicionamiento de éstos era mucho más efectivo que todos los de la nave.

Su localización en el espacio había sido fácil. R-Ellig, en su última comunicación, había dado, aparte de la situación de Lou y Sonia en el momento de abandonar la nave, sus distintas posiciones en las cinco horas siguientes a aquel momento, minuto a minuto. El cálculo había sido juego de niños para su cerebro mecánico, capaz de efectuar un millón de operaciones en un segundo. Después...

Después, Lou y Sonia habían visto alejarse la nave en dirección al

Sol, hasta que, en su ruta hiperbólica, desapareció de su vista. El comandante del carguero tenía intención de regresar inmediatamente a Venus, pero Lou se lo impidió.
—Aguarde —le dijo—. Todavía queda algo por terminar.
La nave disponía de un transmisor M-G-28, con el que podía enlazarse directamente con el robot. Lou comunicó a través de él su feliz llegada. El robot respondió con un corto y seco:
—Bueno —en el que Lou creyó adivinar algo más que brevedad de máquina.
Luego, las horas pasaron y el robot empezó a transmitir ininterumpidamente. Pero transmitió únicamente datos técnicos, mediciones y peculiaridades del Sol y sus alrededores, cifras y datos que sólo interesaban a los científicos de la Tierra.
El capitán del carguero se rascó pensativamente la cabeza.
—¿Este tipo está loco? —murmuró—. Va hacia la muerte, y lo único que sabe es ponerse a recitar una retahila de cifras y datos. No lo comprendo.
Pero Lou sí que lo comprendía. Porque aparte de su condición de máquina que le impulsaba a ser útil hasta el último momento, parecía haber algo más en aquella transmisión. Como si el robot quisiera tener ocupados todos sus tres cerebros, como si quisiera aturdirse, no pensar. Aunque, no pensar, ¿en qué?. No había que olvidar que era una máquina, un mecanismo perfecto, pero sin alma.
Y Lou pensaba en las últimas palabras de R-Ellig. Y se formulaba una duda: ¿era realmente sólo esto, una máquina?
El tiempo seguía pasando y, de pronto, el robot interrumpió su comunicación.
—Me estoy acercando al punto crítico —dijo— en el interior del Sol. Desde ahora dejaré de transmitir. Voy a conectar mis circuitos de mando de modo que, cuando el calor me destruya, esta destrucción traiga consigo automáticamente el que la nave estalle. No respondo del éxito de la operación, pero no puede fallar. A todos los terrestres, buena suerte.
A partir de aquel momento, el receptor quedó silencioso. Lou, Sonia y todos los tripulantes del carguero venusino, no apartaron los ojos de la pantalla que enfocaba el Sol. Los minutos transcurrieron lentamente, muy lentamente, como si el tiempo quisiera detenerse en aquel instante.
Luego, repentinamente, el Sol estalló.
Aunque no fue propiamente un estallido. Simplemente, el Sol cambió en forma brusca de coloración, y sus protuberancias aumentaron de brillo y magnitud. Se produjo una enorme sucesión de grandes manchas solares, que apenas aparecidas se esfumaron, para dejar paso a otras. Durante unos minutos, bastantes minutos, el Sol pareció

entrar en ebullición. Luego, pareció calmarse.
Y después, de nuevo la calma, el silencio, la quietud. Todo volvió a recuperar su aspecto normal. Y el Sol volvió a brillar como siempre, como si nunca nada hubiera sucedido.
—Ha muerto —murmuró Sonia, contemplando fijamente la pantalla por la que se transmitía la imagen del Sol—. Para salvar a toda la Humanidad, ha muerto.
—Pero era solamente una máquina —dijo Lou—. Simplemente, cumplió con lo que tenía ordenado. No podía desobedecer.
Sonia levantó hacia él la vista.
—¿Lo crees realmente así? —murmuró.
Lou dudó brevemente.
—¿Y qué importa ésto ahora? —dijo al fin—. La amenaza de los homúnculos ha terminado, y esto es únicamente lo que debe importamos. ¿Para qué debemos preocuparnos de lo demás? El Sol no estallará, todo seguirá como antes. Y volveremos a vivir tranquilos.
—No —intervino el comandante—. No ha terminado aún. Los gobiernos de la Tierra están especulando ya sobre el famoso sistema oscuro que denunció el robot, sobre el «planeta negro» de los homúnculos. Dicen que es preciso localizarlo y en todo caso destruirlo antes de que ellos intenten de nuevo algo contra el Sol. Todo no ha terminado todavía.
Lou miró a Sonia y ésta le devolvió la mirada. Entonces Lou recordó que ella era su esposa y que en los cuatro días que habían transcurrido desde que salieran de la Tierra, desde que se casaran, apenas había tenido tiempo de dirigirle una sonrisa, de decirle una palabra de cariño, de darle un beso. La atrajo hacia sí y dijo por sobre su hombro al comandante del carguero:
—¿Y qué nos importa esto a nosotros ? Somos recién casados, ¿sabe?, y cuando regresemos a la Tierra quiero disfrutar de mi luna de miel.
¿Qué nos importa todo lo demás? Por otra parte, ya hemos hecho bastante. ¿No cree que merecemos un descanso?
Su rostro se volvió de nuevo hacia Sonia, pero no pudo evitar el ver también la pantalla, con la imagen del Sol, de aquel Sol que volvía a ser ya casi como antes, como antes de que él descubriera por primera vez las perturbaciones desde la base de «Mercurio-S». Se volvió de nuevo hacia el comandante y, antes de quitarse el casco y quitar el de Sonia, y estampar en los labios de la muchacha un fuerte beso, añadió:
—Y además, ¿qué nos importa esto ya? El hombre ha llegado a fabricar máquinas como R-Ellig y ellas han demostrado ser más eficientes que los hombres. ¿Por qué no han de ser ellos los encargados de realizar el resto de la tarea? No creo que lo hagan

mucho peor que nosotros, y de todas formas siempre lo harán algo mejor. Aunque a muchos de nosotros, los hombres, nos cueste reconocerlo.
El comandante del carguero asintió con la cabeza.
—Bueno, amigo. Entonces, ¿a qué esperan ustedes? Quítense el casco y bésense libremente de una vez. No se preocupen, yo me vuelvo de espaldas.
Lou miró a Sonia y Sonia miró a Lou. El hombre ayudó a la muchacha a quitarse el casco y después hizo lo mismo con el suyo. Se inclinó sobre ella y la besó.
El comandante suspiró, contemplando la figura unida de la pareja por sobre la imagen del Sol en la pantalla. Se volvió de espaldas y aprovechó para ordenar por el interfono a la sala de motores:
—Tubb, prepare los motores y dispóngase a salir pitando. Si continuamos mucho tiempo aquí creo que voy a terminar por derretirme.
Cerró el interfono y se volvió de nuevo. Lou y Sonia continuaban besándose. De modo que el comandante se caló la gorra hasta los ojos, dio media vuelta y salió de la sala silenciosamente, cuidando de hacer el menor ruido posible al cerrar la compuerta a sus espaldas.

FIN

Notes



[←1]

Mensaje enviado por medio de fotones, es decir, sobre rayos de luz.

[←2]

Llámase en cibernética círculo rotativo a los elementos exteriores que influyen en las reacciones de un robot; actos, situaciones, estados físicos y mentales, que son asimilados por el robot y que marcan o hacen variar su línea de conducta. Círculo rotativo acelerado será, por lo tanto, el sistema de hacer que entre estos agentes exteriores y la reacción del robot, medie un tiempo lo más corto posible, tan solamente muy pocas décimas de segundo.